

NACIONALISMO Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA: HACIA UN ANALISIS PLURIDIMENSIONAL DE LA CONSTRUCCION DE LAS NACIONES

Ramón Máiz

1.- Constructivismo frente a expresivismo.

La proliferación en los últimos años de los estudios sobre el nacionalismo ha originado una multiplicación de los desacuerdos entre los investigadores en torno a métodos, perspectivas, factores explicativos etc. que se pone una y otra vez de manifiesto en reuniones como las de Santiago de Compostela, Warwick o Barcelona (BERAMENDI, MÁIZ & NÚÑEZ 1994, SMITH 1996, SANCHEZ et al. 1997). Al hilo de los debates, sin embargo, ha comenzado a fraguarse un creciente consenso entrecruzado en torno a, cuanto menos, tres puntos fundamentales:

1.- El nacionalismo se considera como un fenómeno estrictamente moderno, e inseparablemente vinculado al Estado. De esta suerte, la génesis de los nacionalismos se inscribe, cualesquiera sean sus raíces etnohistóricas, en una específica arena político-institucional, ora por ser inducido desde el Estado-nación, ora por canalizar la impugnación de un Estado-nación o un Imperio multinacional o colonial y reclamar un Estado propio.

2.- La nación no constituye un dato primordial, objetivamente cristalizado, sino el producto contingente de un proceso de construcción social y política que tiene lugar en determinados contextos institucionales y sociales.

3.- El concepto de nación deviene, por lo tanto, una categoría práctica más que objetiva o sustancial, destinada a dar cuenta de la percepción política, compartida en la conciencia de

los actores, de una identidad colectiva específica nacionalitaria y por ello, necesariamente, de un fenómeno de masas y no de élites.

Ahora bien, este nuevo y creciente consenso viene a cuestionar, empero, aspectos fundamentales de la lógica y la morfología de la explicación tradicionales en los estudios sobre el nacionalismo. Y no nos referimos a los *primordialismos* de uno u otro signo, a la concepción de la nación como una comunidad reificada en torno a una serie de rasgos diacríticos objetivos (raza, lengua, cultura, tradición, mitos y símbolos), que se perpetúan en el tiempo y cuyos pretendidamente remotos orígenes resulta preciso explorar para dar cuenta de sus manifestaciones políticas presentes. Como ha acabado por admitir uno de los más brillantes cultivadores de este modelo, la noción de una identidad nacional como fenómeno primordial ha sido generalmente descartada por los investigadores (ARMSTRONG 1995). El propio SMITH- estudioso erróneamente incluido en ocasiones entre los cultivadores de esta perspectiva, por su atención a los orígenes étnicos de los nacionalismos contemporáneos- aboga en la actualidad por una perspectiva que pondere la influencia del pasado étnico con el impacto de la actividad nacionalista (SMITH 1995).

La duda que se plantea, sin embargo, es si resulta suficiente el abandono a grandes rasgos del perennialismo y el reconocimiento de lo que de “comunidad imaginaria” tienen las naciones, para alcanzar una perspectiva explicativa más plausible y completa del fenómeno. Pues por detrás del consenso en torno a la modernidad, construcción política y centralidad estatal de las naciones, puede muy bien permanecer, más activa de lo deseable, la harto problemática lógica argumental subyacente en los estudios tradicionales. Nos referimos al modelo explicativo que, retomando una iluminadora conceptualización de BOWLES & GINTIS a otros efectos, podemos denominar *nacionalismo expresivo* y

etnicidad exógena. La secuencia argumental de este razonamiento, las más de las veces implícito en la explicación de los subnacionalismos, puede sintetizarse como sigue: 1) una previa *etnicidad*, diferenciada objetivamente en torno a una serie de rasgos (lengua, “raza”, cultura, tradición, territorio, etc), 2) genera una matriz prepolítica de *intereses nacionales* comunes, de los cuales la comunidad, mediante la labor de sus élites e intelectuales, resulta progresivamente consciente, hasta el extremo de 3) conformar una *identidad colectiva* asumida por sectores más o menos amplios de la población, y cuya expresión política origina tarde o temprano 4) un *movimiento nacionalista* que, descubriendo y generalizando la diferencia nacional a sectores más amplios, reivindica, en fin, 5) el derecho de autodeterminación y la exigencia de un propio *Estado*, que permita el autogobierno y canalice la defensa de los intereses propios de la comunidad.

Esta secuencia resulta básicamente aplicable asimismo al nacionalismo del Estado-nación, si bien alterando el orden del último factor- en el sentido- 1)- 2) - 5) - 3)- 4)-, de tal suerte que el Estado, como institucionalización de una *etnicidad* y unos *intereses prepolíticos* dados, refuerza la territorialidad cultural, económica y administrativa de la nación, con el apoyo de y el incentivo al *nacionalismo*, como discurso compartido por los partidos políticos que se reclaman expresión de los *intereses nacionales*.

Sin embargo, a lo que apunta el nuevo consenso, bien que raramente llevado hasta ahora a sus últimas consecuencias, es a un radical abandono de este modelo subyacente del *nacionalismo expresivo* y su sustitución por lo que podríamos llamar una *óptica constructivista*. El eje de esta línea argumental residiría en que el *nacionalismo* no resulta ya considerado como la manifestación o exteriorización de una nación objetivamente dada, sino que, al contrario, es la nación misma la que constituye el producto, siempre dinámico e

inacabado, de un proceso complejo de construcción política y social que tiene lugar, bajo el impulso del nacionalismo, en determinados contextos culturales, económicos y políticos.

Así, la eventual producción de una nación requiere, más allá de la sola diferencia etnocultural, la concurrencia de una serie de más exigentes condiciones, en los ámbitos tanto de la estructura como de la acción, que podemos sintetizar del modo siguiente:

- 1) Unas *precondiciones étnicas* diferenciales que, sin embargo, se consideran no como un dato, sino como el producto de un trabajo de selección, filtrado e invención que realizan los nacionalistas sobre un “materia prima” étnica de mayor o menor riqueza, a su vez producto de elaboraciones pasadas de élites e intelectuales.
- 2) Unas *precondiciones sociales* que favorezcan la existencia de una nación; por ejemplo: una matriz de intereses comunes generalizables y potencialmente conflictivos con otro grupo o grupos; una crisis económica de modernización que genere desarraigo y necesidades de identificación en sectores de la población que han perdido los lazos tradicionales; unos umbrales mínimos de movilidad social o de comunicación supralocal que coadyuven a la percepción de un espacio social común etc. etc.
- 3) Una propicia *Estructura de Oportunidad política*; sea *formal* : descentralización política (Estado consociativo, federal etc.), apertura del acceso político (nivel de democracia real) que incentiven la politización de la diferencia nacional; sea *informal*: políticas públicas y estrategias facilitadoras de los gobernantes, desalineamientos electorales, conflictos intraélites, eventual disponibilidad de nuevos aliados etc.
- 4) Una *movilización política* eficaz que, a través de su trabajo organizativo y discursivo, consiga generalizar, en el seno de un amplio bloque social, la existencia de la nación

como una evidencia política indiscutible, en torno unos intereses nacionales compartidos y unos objetivos de autogobierno determinados.

En definitiva, no existe un momento fundacional étnico y una matriz prepolítica de intereses nacionales, sino que cada movilización política produce, esto es, selecciona, jerarquiza y vulgariza, una etnicidad diferencial y unos intereses nacionales específicos y contingentes, en el seno de unas precondiciones sociales y políticas determinadas que, a su vez, pueden verse alteradas por la incidencia del propio movimiento y otros factores externos e internos. Esta óptica constructivista y dinámica, reintroduce, pues, la política como momento fundamental, propiamente *constitutivo* y no meramente expresivo de la nación.

El objetivo de las páginas que siguen es sintetizar, al hilo de las aportaciones de los más recientes estudios sobre el nacionalismo y los desarrollos de la teoría de los movimientos sociales, alguno de los factores de mayor relieve en la construcción de las naciones como procesos de movilización política.

2.- La problematización de la etnicidad.

El creciente acuerdo en torno a la naturaleza maleable, histórica y no natural, de los rasgos diacríticos que configuran la etnicidad de las naciones (lengua, territorio, tradiciones etc.), y el abandono de su consideración primordial u organicista, remite a dos series bien distintas de cuestiones. En primer lugar, a la constatación de que, por si misma, una etnicidad diferenciada constituye un elemento necesario pero insuficiente para la génesis de una nación: pueden muy bien existir un grupo dotado de características propias de lengua, cultura, tradición, costumbres o economía, sin que ello se traduzca en la aparición

de una nacionalidad (STAVENHAGEN 1996, GURR 1993). Es preciso que la diferencia étnica se active socialmente mediante opresión, desigualdad o explotación compartida y, políticamente, por empresarios políticos e intelectuales que fraguen un bloque social en torno a determinadas características etnonacionales.

Pero, en segundo lugar, la problematización de la etnicidad que se inaugura con la nueva perspectiva constructivista, cuestiona no sólo la supuesta evidencia de su potencial relativo de *nation-building*, sino su propia naturaleza interna. A saber, la etnicidad no constituye una diferencia prístina, un conjunto estático de factores objetivos dados de antemano, sino el resultado dinámico de un proceso de producción política e intelectual inscrito en la movilización misma, en el seno de la cual se fijan no sólo los objetivos, sino los criterios mismos de adscripción comunitaria, los rasgos específicos de pertenencia al grupo. Ahora bien, si la etnicidad constituye una matriz de marcadores de identidad, social y políticamente elaborados y seleccionados, que en modo alguno puede darse como cristalizada de una vez para siempre, la explicación de los mecanismos de fijación de los criterios de adscripción étnica en cada proceso de construcción nacional concreto, debe pasar al primer plano del análisis. Se trata, por lo tanto, de dar cuenta no sólo de la fluctuación y maleabilidad de los criterios de adscripción, sino de la dinámica sociopolítica de su configuración mediante la acción colectiva nacionalitaria.

En este sentido resulta de utilidad, bien que limitada, una preliminar distinción conceptual (OLZAK 1983, HETCHER 1987, CHAI 1996) entre *etnicidad*, *solidaridad étnica* y *movilización nacional*. Bajo el concepto de *etnicidad* se engloban los diversos factores (lengua, cultura, historia, tradición, territorio, economía, mitos y símbolos) social y políticamente contruidos, y no primordiales, que se atribuyen hacia el interior y el

exterior del grupo fijando la frontera nosotros/ ellos (BARTH 1969, van den BERGHE 1981, SMITH 1986, CONNOR 1994, HEDETOFT 1995). Cada etnicidad específica enfatiza, selecciona o incluso “inventa” determinados criterios diferenciales de adscripción comunitaria (lengua, “raza”, territorio o tradiciones); mientras otros se desechan o minoran, especialmente aquellos que puedan implicar diferencias internas en la comunidad (HOBSBAWM 1992, ANDERSON 1983).

La *solidaridad étnica*, supone algo más, implica una identificación consciente de determinados individuos con un grupo o comunidad y requiere no solamente una vaga conciencia de pueblo diferenciado, sino el más sólido soporte de redes de interacción y comunicativas, e incluso instituciones formales o informales que socialicen a los nuevos miembros y refuercen los lazos sociales intracomunitarios (TILLY 1973, OLZAK 1983).

La solidaridad étnica se genera tanto por medio de prácticas sociales diversas, tales como la endogamia, la especialización económica en el mercado de trabajo; o políticas, tales como represión cultural, experiencias bélicas, de limpieza étnica o genocidio etc. (HECHTER 1978, BONACICH & MODELL 1980, STAVENHAGEN 1996).

Con el concepto de *movilización étnica*, finalmente, se designa la acción colectiva que selecciona determinadas características étnicas como criterio de pertenencia a una comunidad y las vincula a determinados objetivos políticos de autogobierno. El nivel de movilización se mide, clásicamente, a través de indicadores como el porcentaje de voto a partidos nacionalistas (HETCHER 1975, RAGIN 1977, NIELSEN 1980, OLZAK 1982), o el nivel de conflicto étnico (SMITH 1981, GURR & HARFF 1994, STAVENHAGEN 1996) etc.

El problema, sin embargo, es que esta útil distinción puede reintroducir, de modo subrepticio, el linealismo del concepto expresivo que hemos apuntado al inicio, de la mano de una progresión continua que llevaría desde una etnicidad diferencia, pasando por la progresiva conciencia de la diferencia para, finalmente, concluir en movilización política reivindicativa de la nación. Como se ha señalado, sin embargo, no resulta suficiente admitir la maleabilidad de los criterios étnicos de adscripción, es preciso, además, explicar cómo y por qué cristaliza una determinada versión de la etnicidad, o lo que es lo mismo, de los límites de exclusión e inclusión en torno a unos elementos diacríticos, supuestamente objetivos, que se *naturalizan* como evidencia social y política. Y a tal efecto resulta imprescindible asumir que la etnicidad no constituye el punto de partida, sino uno de los productos contingentes, indeterminados, de la movilización misma.

El reto del científico social consiste, pues, en retener el carácter no primordial, y por lo tanto producido, y en este sentido inventado o imaginado, de la etnicidad que conforma una nación, sin desatender por ello el papel constructivo y productivo de realidad social y política que juega esa supuesta evidencia nacional postulada por los nacionalistas. Pero esto requiere, a su vez, una atención sustantiva a la cambiante matriz étnica de cada nación, que no disuelva su sustantividad, remitiéndola sin más a los factores estructurales socioeconómicos que la activan, o a la resolución de los problemas de la lógica de la acción colectiva que se le plantean a un grupo determinado. La etnicidad es un constructo, ciertamente, pero posee una eficacia política propia de la que es preciso dar cuenta con la mayor precisión posible. De los elementos que se seleccionen y generalicen por las élites e intelectuales nacionalistas como definidores de la identidad colectiva diferenciada: lengua, cultura, territorio, tradiciones, mitos y símbolos... dependerá tanto la naturaleza de

la contraposición nosotros/ ellos, cuanto la índole democrática, violenta o xenófoba de las fronteras y prácticas de inclusión/ exclusión.

El problema de algunas teorías clásicas del conflicto étnico, como la de la “división cultural del trabajo”, de la “división del mercado de trabajo” o de la “competición étnica” que luego veremos, reside, precisamente, en que tienden a diluir los factores étnicos en el seno de los factores estructurales económicos que los activan, de tal suerte que aquéllos pierden su fuerza causal independiente y explicativa y, a la postre, se obvian como factores de análisis.

El caso más patente de esta elisión analítica de la etnicidad lo constituye la teoría de la “escisión del mercado de trabajo” de BONACICH, BANTON y otros. En efecto, el primero (BONACICH 1972, 1979) otorga relevancia causal exclusivamente a los factores estructurales socioeconómicos, especialmente a las diferencias de salarios y desigualdades en el seno del mercado de trabajo para los diferentes grupos de tal suerte que la etnicidad se supone integra una constante desprovista de variaciones sustantivas. BANTON, por su parte, se centra en la competición étnica generada por la monopolización de un grupo de determinados recursos económicos y, de modo similar, la etnicidad resulta irrelevante en su textura específica, ante el peso explicativo desempeñado por los factores sociales (BANTON 1983).

Este desplazamiento de la etnicidad hacia los factores estructurales y movilizados resulta asimismo perceptible, si bien en menor medida, en investigadoras como OLZAK, cuyo concepto de “recursos étnicos” resulta en extremo significativo en este sentido. Para esta autora los recursos étnicos designan fundamentalmente, no los materiales de la etnicidad con que trabajan políticamente los líderes y las organizaciones, sino factores organizativos tales como redes, circuitos de información o instituciones que mantienen en el tiempo

interacciones estables. De este modo, la etnicidad en si misma permanece como algo autoevidente en su carácter accesorio desde el punto de vista de la movilización y deviene una suerte de “caja negra”, en cuyo análisis no se entra en ningún momento (OLZAK 1983, 1985). El propio HETCHER, pese a reconocer la centralidad de la diferencia cultural, fundamentalmente religiosa y lingüística, así como lo problemático de la interpretación del significado a través de los límites étnicos, postula su dependencia causal explicativa del desarrollo desigual (hipótesis del colonialismo interno) que deviene, así, el factor decisivo que margina el estudio de la etnicidad, asumida poco menos que como transparente en su evidencia. Algo semejante puede afirmarse, en su conjunto, de toda la escuela del colonialismo interno y del desarrollo desigual, sobre la que hemos de volver enseguida: una y otra vez la etnicidad se reenvía a los factores estructurales que la activan que, de este modo, pasan a erigirse en el centro del análisis, descuidando el estudio sistemático de la matriz étnica de las naciones (GELLNER 1969, NAIRN 1977, RAGIN 1979).

No mejor suerte ha corrido el análisis de las precondiciones étnicas de la mano de los estudios derivados de la elección racional. En este caso, debido al énfasis que la lógica de la acción colectiva sitúa en torno a los incentivos para la acción y la superación de los problemas de la movilización, el análisis de este tipo de cuestiones prescinde, asimismo, del sustantivo tratamiento de la producción de las precondiciones étnicas de los nacionalismos y su articulación interna. Véase, como muestra, el concepto de *stigmata* de ROGOWSKI: estas características grupales de fácil identificación y difícil alteración por los miembros del grupo sólo resultan consideradas como base para la existencia de incentivos selectivos negativos que dificultan, en razón de la visibilidad de la conducta de los individuos, la conducta *free rider* (ROGOWSKI 1974). Otro tanto puede afirmarse de

dos de los más recientes análisis del nacionalismo desde la óptica de la elección racional: HARDIN y CHAI. Para el primero, la atención a la racionalidad del nacionalismo, incluso en sus más violentas manifestaciones, alumbra, como veremos, la generación de poder y el beneficio que los individuos singulares obtienen del mismo. Pero deja ayuno de examen el peso de las tradiciones y mitos aprendidos y transmitidos en la comunidad y su capacidad de generar una evidencia indiscutible, cuasi natural, con una orientación política decisiva para el conflicto (HARDIN 1995). Pero incluso CHAI, a quien se debe un muy interesante intento de repensar la formación de las fronteras étnicas, a partir de una similar posición en el mercado de trabajo, cambios estructurales como migración y modernización, y la aparición de preferencias altruistas que generan conductas cooperativas, en un tratamiento, por vez primera explícito, de la formación de las fronteras étnicas, se abstiene sorprendentemente de toda referencia sustantiva a los factores que configuran, en cada caso específico, la etnicidad con muy variadas consecuencias políticas y sociales.

Ahora bien, del hecho mismo que la etnicidad y sus elementos, lejos de ser objetivos y naturales, constituyan el producto de un proceso de elaboración y selección, y que además, si sean susceptibles de relativos cambios y reformulaciones por parte de las élites e intelectuales nacionalistas, se deriva la necesidad inaplazable de atender tanto a su configuración cuanto al proceso de su producción como un momento central del análisis de la movilización nacionalista. Así, resulta preciso dar cuenta del contenido, esto es, de qué específica versión se impone, de entre las muchas posibles, de la propia lengua, cultura, historia, mitos y símbolos; de qué valores se articulan con qué intereses. Pero, también, de los procesos de generalización por los que unos y otros alcanzan ese estatuto de verdad

natural compartida por todos los nacionales (PEREZ AGOTE 1993, 1994; GURRUTXAGA 1991, 1996).

El primer paso, sin duda, ha de centrarse en la delimitación y ponderación de los elementos étnicos, su configuración y articulación interna, en cuanto factores fundamentales que constituyen la matriz de adscripción a una comunidad determinada: cultura, lengua, historia, tradiciones, costumbres, territorio, economía, raza, religión...etc. Un extremo decisivo común a todos los elementos genético nacionalitarios, sea cultura o lengua, raza o religión, es que, para la formación discursiva nacionalista constituyen factores “orgánicos”, esto es, que los nacionalistas derivan de su sólo presencia, la inequívoca existencia de una nación sea ésta o no mayoritariamente asumida. De esta suerte, la nación, constructo político, se presenta como un ente reificado y existente desde tiempo inmemorial, esto es, como una realidad no política, ajena a la voluntad y conciencia de los individuos, como “la naturaleza misma que se impone”, en su evidencia, a los nacionales. La eficacia performativa de esta definición organicista de la nación va a la par, como puede verse, con las dificultades de articulación democrática de un discurso de esta índole: pues por principio se expulsa del núcleo definidor de la nación, étnico y esencializado, el momento político, considerado marginal y puramente expresivo, de su construcción.

Así pues, del hecho de que, por decirlo en palabras clásicas de KOHN, ninguno de los elementos conferidores del carisma nacionalitario (lengua, territorio, tradiciones, religión, costumbres etc.), sea imprescindible para la constitución de la comunidad nacionalitaria, que de hecho puede fundamentarse en combinaciones y variaciones muy diferentes de los mismos (KOHN 1949), se deriva, aún más si cabe, la necesidad un análisis del por qué y el cómo determinados elementos diacríticos se vuelven políticamente significativos para un

grupo que los representa como naturales y autoevidentes. Y esto constituye una dimensión clave que ha de ser inexcusablemente explorada, sin que se diluya ni en las precondiciones sociales que la activan o los problemas de la acción colectiva que debe resolver el grupo en cuestión.

En efecto, los especialistas insisten una y otra vez en que el nacionalismo se caracteriza por poseer una doble faz, una peculiar y explosiva combinación de intereses y lazos afectivos (ROTHSCHILD 1981). La identidad étnica se configura, de hecho, como una mezcla única de lazos afectivos y expresivos, sentimientos y lealtades con intereses políticos instrumentales y calculados, de tal suerte que estos últimos son explicados y alcanzan su significado tan sólo mediante los primeros (NAGATA 1981).

Pues bien, ora desde una óptica más etnicista (SMITH), ora desde una perspectiva más instrumentalista (BRASS), se ha subrayado igualmente que las tradiciones, historias, mitos y símbolos son signos potentes que generan emociones de afinidad o exclusión, de cercanía u odio entre grupos y sucesivas generaciones, que son utilizadas y reproducidas por las élites nacionalistas en el decurso del movimiento para construir la dicotomía del nosotros/ellos, de lo propio y lo ajeno y, en su caso, del amigo y el enemigo.

Esta es, precisamente, la pertinencia última del *análisis mítico-simbólico* de la formación étnica de las naciones (ARMSTRONG 1982, SMITH 1986), pues resulta irrenunciable dar cuenta de los materiales heredados disponibles para los nacionalistas en cada coyuntura, habida cuenta de que estos auténticos *repertorios de etnicidad*, si bien no predeterminan, condicionan, empero, y orientan de modo notorio las formulaciones posteriores y, de hecho, restringen, las posibilidades de producción futura de la idea de nación en cada contexto específico. Materiales étnicos: cultura, religión, lengua, mitos y símbolos etc.

que, a su vez, como ya se ha señalado, tienen su propia historia *política*: son el producto de la depuración, selección e invención de generaciones previas de elites e intelectuales nacionalistas.

Al margen de su eficacia movilizadora, del proceso de su generalización como evidencia indiscutida para una comunidad, es preciso detenerse en su *estructura* tanto como en su *genealogía*, en el pormenorizado análisis diacrónico y sincrónico de su relato fundador de la comunidad. Pues en modo alguno es indiferente que el mito fundador que se postule sea un dios belicista como Rama, en el nacionalismo hindutva, o que los mitos de la edad de Oro y la nobleza universal se enraícen en un catolicismo tradicionalista e intolerante como en el primer nacionalismo vasco (ELORZA 1995). Por ello resulta tan decisiva la matriz de elementos diacríticos sobre las que se edifica el “nucleo duro” de la etnicidad: consecuencias políticas muy diversas se derivan, por ejemplo, de una biologización de la idea de nación a partir del factor “raza” o, por el contrario, de su culturización de la mano de elementos como la “cultura popular”, el “carácter nacional” o incluso el *Volksggeist* (MÁIZ 1997). Y ello, debemos precisar, no sólo en cuanto el nacionalismo se articule *externamente* con otras ideologías como racismo, fascismo o liberalismo, y se reformule según sus principios, sino previamente, por la propia articulación *interna* de los elementos diacríticos seleccionados en cada caso para configurar la nación. El repertorio étnico heredado, en definitiva, conlleva no pocas orientaciones para el desarrollo de los nacionalismos posteriores, toda vez que constituye el *capital ideológico nacionalista*, que se transmite y reformula parcialmente de generación en generación y que, articulado con diversas ideologías, mantiene por mucho tiempo su específico potencial de inclusión o exclusión, de fijación de objetivos, de demarcación de lo propio o lo ajeno.

No debe perderse de vista, sin embargo, que el propio punto de partida del etnonacionalismo, esto es la fundamentación de una comunidad de origen sobre la presencia de criterios de adscripción objetivos, independientemente de la conciencia que los nacionales posean de los mismos, margina hasta en sus formulaciones más culturalistas, el momento político de la idea de nación y oculta su carácter de constructo aleatorio y dinámico, con lo que se soslaya, por definición, la génesis de la voluntad a través de la participación y movilización democráticas, así como latente la pluralidad de proyectos competidores en la edificación de una misma comunidad.

Cada generación construye su propio mapa cognitivo de la nación, si bien lo hace en el seno de una matriz heredada, articulada en torno a una serie de específicos complejos mítico simbólicos, de suerte que los nacionalistas “redescubren” y reinterpretan (SMITH 1986,1996) el capital ideológico nacional a partir de esa materia prima, y según los requerimientos y urgencias de cada coyuntura. Y las naciones devienen así, inevitablemente, “comunidades imaginadas” (ANDERSON 1983), dotadas de tradiciones parcialmente inventadas (HOBSBAWN & RANGER 1983, HOBSBAWN 1992) al hilo de su movilización política. Por todo ello, el análisis de las precondiciones étnicas, más que a la evidencia científica, histórica o arqueológica (SMITH 1996) de una serie de caracteres objetivos, debe prestar atención a la narrativa nacionalista en el seno mismo de la movilización que, sobresignificándola, produce la nacionalidad. Y como tal marco interpretativo de la acción, luego lo veremos, debe ser analizada.

3.- Las precondiciones económico-sociales activadoras del conflicto etnonacional.

Que la atención a las condiciones estructurales que facilitan la movilización nacionalista pudiera traducirse en la desconsideración sustantiva de la matriz étnica y su producción, no ha de ocultar el hecho de que es en este campo, en el que las investigaciones sobre el nacionalismo aportan, hasta la fecha, uno de sus más sólidos bagajes.

Ahora bien, si la generalidad de las teorías coincide en que la movilización nacionalista es producto de la modernización, divergen no sólo, como ya hemos visto en el párrafo anterior, sobre la naturaleza residual o explicativa de las precondiciones étnicas, sino, y esto es lo que ahora nos interesa, sobre los factores que catalizan la movilización nacionalitaria. Como quiera que una nación existe cuando es asumida como tal por una mayoría de la población, esto es, cuando se configura como un fenómeno de masas y no de élites (CONNOR 1994) o, por decirlo en la terminología de HROCH, cuando consigue pasar de la fase B, de agitación política, a la fase C de identificación nacional ampliamente asumida (HROCH 1985), la pregunta que se ha de responder en este caso es: ¿qué precondiciones sociales facilitan el éxito de la movilización política nacionalista?. A tal efecto se han sugerido diversos facilitadores socioeconómicos plausibles que podemos sintetizar muy brevemente.

Las *teorías del desarrollo político* suelen ser injustamente olvidadas en sus aportaciones sobre los factores estructurales en razón de una serie de muy discutibles asunciones ideológicas, que se revelarían por ende empíricamente falsas, que acompañaban a sus tesis fundamentales; así: la equiparación de desarrollo y asimilación cultural y, en consecuencia, el declinar de la movilización étnica a medida que la modernización reemplazara los lazos tradicionales por relaciones instrumentales y urbanas; la en exceso lineal causalidad que postulaba la existencia de diferencia étnica como previa a la

movilización política, lo que impide comprender que, en muchas ocasiones, la diferencia es asimismo un producto político y la identidad se contruye como parte del conflicto político mismo etc etc..

Sin embargo, investigadores como HROCH han recordado recientemente que, si bien el linealismo y asimilacionismo de DEUTSCH (DEUTSCH 1953) o ROKKAN (ROKKAN 1970) se revelan insostenibles en la investigación comparada- en no menor medida que la inicial vinculación entre industrialización y nacionalismo postulada por GELLNER (GELLNER 1965)- existen otras precondiciones, señaladas por estos autores, que deben ser tenidas muy en cuenta. En concreto, el grado de “movilización social” (participación en el sistema educativo, participación electoral etc.), así como de “movilidad social” vertical y una relativa densidad de redes y canales de comunicación social, constituyen otros tantos factores que favorecen el desarrollo de movimientos nacionalistas (HROCH 1993). De este modo, la construcción de las naciones, al margen del modelo lineal de la paulatina extinción de la etnicidad, se explica, no tanto mediante la exteriorización y reivindicación de formas de vida tradicionales amenazadas o en trance de desaparición, sino mediante la disolución de los previos vínculos sociales, económicos y psicológicos, y la adopción de *nuevos* modos de socialización y de comportamiento, por más que a la sazón se invoque reiteradamente la vuelta a la “tradición”. En definitiva, toda nación es, en cuanto construcción social y política, una comunidad naciente, articulada en torno a unas fronteras étnicas e identitarias y movilizada por nuevos valores e ideologías.

Por lo demás, tanto DEUTSCH como ROKKAN apuntaron asimismo en su día el probable efecto contradictorio de la modernización y la movilización social. Pues si de un lado aquélla tiende a favorecer la asimilación, de otro, y a causa de su rapidez, puede originar

procesos de resistencia de la periferia frente al centro, de tal suerte que los mismos canales que sirven para la asimilación en el Estado nacional, se pueden convertir en vehículos de la contención subnacional, de defensa de la propia cultura, lengua o tradiciones, dando lugar a un proceso inverso de “revival etnico” (DEUTSCH 1966, ROKKAN & URWIN 1982, 1983).

A su vez, autores como BRASS, BREUILLY o LINZ han mostrado que, depurado del linealismo que auspiciaba la coincidencia mecánica de los procesos de *nation building* y *state building*, el nacionalismo, como fenómeno central de la modernidad, debe ser referido explicativamente a un segundo elemento clave: el Estado. Así, frente a lo sostenido por el discurso nacionalista, la nación se revela como producto del Estado, y no el Estado la expresión de una Nación que le precede y, por así decirlo, lo requiere. La etnicidad y el nacionalismo constituyen fenómenos modernos inseparablemente vinculados a la actividad del Estado (BRASS 91), hasta el extremo de que el Estado moderno modela el nacionalismo y lo provee políticamente de su fundamento objetivo, la posesión de propio Estado (BREUILLY 1993). LINZ ha subrayado recientemente que la atención a los procesos de *state-building* y sus crisis pueden ayudar a entender las razones de por qué naciones potenciales de un mapa ideal étnico-lingüístico fracasan, sin embargo, en su construcción (LINZ 1993). De hecho, como TIRYAKIAN, entre otros, ha puesto de relieve, las tres oleadas históricas del nacionalismo; los Estados-nación, los nacionalismos coloniales y los nacionalismos dirigidos contra el Estado-nación tienen, de un modo u otro, como referente inequívoco al Estado (TIRYAKIAN 1985); y BRUBAKER, por su parte, ha demostrado con brillantez que la “multinacionalidad institucionalizada”, que se encuentra en la base de los nacionalismos emergentes en la ex-URSS, debe ser referida a la

peculiar estructura territorial del Estado soviético, sustantivadora e incentivadora de las nacionalidades (BRUBAKER 1996). Finalmente, el estudio *Minorities At Risk* ha concluido que existe abrumadora evidencia empírica de que la extensión relativa del poder de los Estados genera reacciones defensivas en su interior, por parte de los grupos afectados, que radicalizan el conflicto y constituyen fuentes de numerosas rebeliones etnonacionales a escala mundial (GURR 1993).

Otras precondiciones sociales catalizadoras de la movilización nacionalista señaladas por esta corriente revisten asimismo gran interés y han sido reiteradamente refrendadas por la posterior investigación comparada de los nacionalismos. Así, por ejemplo, la atenuación de los cleavages de clase, que deja disponible a efectivos de la población para ser incorporados a partidos nacionalistas de tipo *catch-all*; el mayor nivel de desarrollo económico de una zona periférica en comparación con un centro etnoculturalmente diferenciado y más atrasado; la correspondencia y concentración territorial en el seno de unos mismos límites geográficos de poblaciones étnicamente homogéneas etc etc. (LIPSET & ROKKAN 1967, LINZ 1973; PETROSINO 1991, LINZ & STEPAN 1996). Recientemente DÍAZ MEDRANO ha formulado una variante de las teorías de desarrollo, atendiendo a los diferentes *modelos*, más que al nivel, de desarrollo: uno de los factores que explicarían las diferencias del nacionalismo vasco y el catalán sería la mayor producción, especializada y combinada, de bienes de capital en el País Vasco, frente a la dominante producción, endógena y especializada, de bienes de consumo en Cataluña (DÍAZ MEDRANO 1995)

La escuela de la *División cultural del trabajo*, relativamente devaluada por su imbricación con el modelo del *colonialismo interno* (HETCHER 1975, NAIRN 1977, GOUREVITCH

1979), presta atención, sin embargo, a una serie de precondiciones sociales del nacionalismo que retienen todo su interés explicativo. En efecto, la obra inicial de HETCHER tiende en exceso a identificarse con la reformulación de las tesis gramscianas del “colonialismo interior”, de tal modo que el desarrollo desigual capitalista constituiría la variable independiente de la movilización nacional en el seno de los Estados plurinacionales occidentales. La relación centro/periferia actuaría, así, en el interior de los Estados occidentales, superponiendo a la división entre un centro desarrollado y las nacionalidades periféricas subdesarrolladas, una diferencia etnocultural entre la nación hegemónica en el Estado y las nacionalidades históricas “previas” a la construcción del Estado Nación. De este modo, la explotación económica y la opresión cultural se reforzarían recíprocamente para dar lugar a movimientos nacionalistas en las periferias pobres de los modernos Estados nacionales. El análisis empírico posterior mostraría, de hecho, todo lo contrario (RAGIN 1977, 1979; CONNOR 1984; SMITH 1984; NAGEL & OLZAK 1986, DÍAZ MEDRANO 1995): es en los territorios étnicamente diferenciados, pero con mayor grado de desarrollo donde se producen los movimientos nacionalistas con mayor éxito político. Quizás sería de utilidad a este respecto reintroducir la noción de “privación relativa” de GURR, pues lo decisivo no es la *grievance* padecida por el grupo, sino la percepción que, derivada de la distancia entre expectativas y realidades, generalizan los líderes del mismo (GURR 1993). A ello habría que añadir el déficit ya señalado en el párrafo anterior, el excesivo énfasis en la *activación* de la etnicidad comporta el descuido de la producción de las precondiciones étnicas, con el consiguiente problema de falta de explicación de por qué la solidaridad étnica prevalece sobre, por ejemplo, la de clase en sentido estricto u otras. De hecho, existe un evidente desacuerdo entre los investigadores

sobre los efectos del conflicto de clase sobre la movilización nacionalista: mientras LAITIN lo evalúa como un debilitador del nacionalismo (LAITIN 1985), DIAZ MEDRANO postula que cuanto más intenso es el conflicto interno de clase, mayor es la posibilidad de desarrollo de movimientos separatistas (DÍAZ MEDRANO 1995).

Sin embargo, la hipótesis de la *división cultural del trabajo* resulta mucho más plausible. Cuando se produce una superposición de la diferencia cultural y una distinción ocupacional en el mercado de trabajo, la opresión cultural y lingüística sobredetermina la marginación en el mercado laboral, de tal modo que se incentiva no sólo la *persistencia* de la cultura subordinada, sino la *movilización* sobre el cleavage cultural de quienes comparten un similar estatuto de subordinación laboral. La solidaridad de grupo se refuerza doblemente en razón tanto de la estratificación, cuanto de la comunicación interna sobre tradiciones, cultura y lengua comunes. Si los miembros de una minoría son sistemáticamente relegados a ocupaciones de bajo estatus y retribuciones inferiores, la articulación del interés de clase con la interacción social y comunicativa potencia extraordinariamente la solidaridad étnica del grupo. Si, por ende, la división segmental del trabajo se traduce en que determinados grupos étnicos se concentran en un abanico reducido de trabajos, las redes informales o asociativas refuerzan asimismo los límites étnicos, soldando los intereses culturales, laborales y económicos (HETCHER & LEVI 1979). Esta categoría específica de minorías nacionales, las *etnoclases* (minoría magrebí en Francia, coreanos en Japón, inmigrantes de color en Inglaterra o USA, Turcos en Alemania etc.), por más que como el propio HETCHER reconoce presenta problemas de operacionalización (HETCHER 1985), permite articular analíticamente explotación y dominación sin incurrir en economicismo y ha demostrado su virtualidad analítica en proyectos comparativos de vasto alcance (GURR

1993, GURR & HARF 1994). Queda por investigar sistemáticamente sin embargo, hasta la fecha, el papel muchas veces decisivo que estas minorías juegan tras el retorno al país de origen en la activación de los nacionalismos correspondientes.

Por lo demás, en un estudio comparado de la formación de los límites étnicos en Nigeria, Malasia, Zaire y Pakistán, SUN KI CHAI ha subrayado asimismo, muy recientemente, la pertinencia de la hipótesis de la división cultural del trabajo. En efecto, un grupo étnico difícilmente se movilizará con eficacia en ausencia de intereses compartidos que pudieran beneficiarse de una conducta cooperativa, toda vez que la heterogeneidad de intereses cortocircuitaría la incorporación de aquéllos que se verían perjudicados por la movilización. Pues bien, el modo más frecuente por el que un grupo de individuos comparte similar matriz de intereses es mediante una común posición en el mercado de trabajo. De ahí que, ora para mantener el estatus, ora más frecuentemente para mejorarlo, esta similar posición en el mercado ocupacional constituirá un factor determinante, no para la mera “expresión”, sino para la producción y cristalización misma de las fronteras étnicas (CHAI 1996). Precisamente por ello, CHAI incluye la modernización y la emigración a centros urbanos o plantaciones como precondition social de la movilización, toda vez que la división cultural del trabajo, añadida a la relativamente simple conformación del grupo con criterios adscriptivos étnicos (lengua, religión, costumbres etc.) potencia la cooperación entre los individuos y su predisposición para la acción colectiva. Una preexistente posición común en el mercado de trabajo constituye, pues, una precondition necesaria para la movilización étnica, pero solamente se activa a raíz de cambios estructurales y la emigración a centros urbanos. Ello constituye, sin embargo, como

veremos en la última sección, una condición necesaria pero no suficiente para la movilización nacionalista.

Otro tanto cabe afirmar respecto a la teoría de la *Segregación del mercado de trabajo*, que comparte con la anterior la asunción de que los roles ocupacionales condicionan el grado de activación de la solidaridad y la movilización étnicas. En una primera versión de la misma, la precondition social facilitadora de la movilización étnica es la competición entre dos o mas grupos étnicos, pero sin división cultural del trabajo, esto es, en el seno del mismo mercado ocupacional. De este modo, una estrategia de división étnica de la fuerza de trabajo por parte de los propietarios de los medios de producción, agudizaría la movilización competitiva de las diferentes etnias para la consecución de las mejores ocupaciones y salarios (BONACICH 1972, 1979).

Una segunda versión del modelo subraya, además, que la persistencia de la solidaridad étnica y la movilización pueden ser explicadas en ocasiones por el juego de las instituciones y las redes de solidaridad grupal. La ocupación de nichos específicos marginales del mercado de trabajo por parte de los inmigrantes bloquea la asimilación cultural en el seno del país de recepción, a la vez que refuerza mecanismos de cooperación y solidaridad, redes de ayuda, apoyo y socialización que perpetúan las tradiciones, generan hostilidad sobre la dicotomía nosotros/ellos hacia la población del país huésped y ponen a punto mecanismos de acción colectiva de autodefensa económica o social (BONACICH & MODELL 1980). Análisis todos estos, en suma, extraordinariamente útiles para abordar por extensión los varios nacionalismos interiores en los Estados plurinacionales.

Finalmente, para concluir con este rápido examen de las condiciones sociales más frecuentemente apuntadas en la literatura, resulta preciso referirnos a los modelos de

competición étnica. Inspirados en la ecología humana (NIELSEN 1980) y la teoría de movilización de recursos (McCARTHY & ZALD 1977), estos análisis postulan que la competición de varios grupos étnicos o nacionales en los mismos mercados y por recursos escasos, incentivarán la movilización política de los mismos, que se acrecentará con el progresivo acceso a los recursos disponibles. De este modo la etnicidad o la nacionalidad deviene un factor estratégico y no natural o biológico, que se definirá relacionamente (BARTH 1969, VAN DEN BERGHE 1981) y, por lo tanto, será relativamente maleable al hilo de la competencia por el acceso a recursos. Entre estos últimos, por cierto, se debe incluir asimismo la propia organización de los grupos, como veremos en el último apartado de este artículo

NAGEL & OLZAK subrayan, además, cuatro procesos vinculados a la modernización que constituyen otras tantas precondiciones económico-sociales favorecedoras de la movilización étnica y nacional: industrialización, urbanización, expansión del sector político e independencia de un imperio o metrópoli (NAGEL & OLZAK 1982, 1986). La teoría de la competición étnica liquidaría definitivamente, por ende, la plausibilidad de las tesis del colonialismo interior y confirmaría la validez de las hipótesis de la división cultural del trabajo. Así, por una parte la movilización étnica y nacionalista se muestra más proclive en territorios económicamente desarrollados, urbanizados e industrializados; por otra, se verifica empíricamente asimismo que los procesos de industrialización y urbanización tienden a generar resistencia etnonacional (NIELSEN 1980, OLZAK 1983).

A juicio de CHAI, el modelo de la división cultural del trabajo debe ser completado, en lo que se refiere a las precondiciones sociales de la movilización étnica, con la debida atención a la dimensión competitiva, toda vez que la cooperación en el seno del grupo genera

altruismo (y confianza), con lo que se produce un inferior consumo interno de recursos para asegurar la cooperación y con ello se mejora la eficiencia del grupo como unidad organizativa en competición. (CHAI 1996).

Esta dimensión competitiva urge, sin embargo, la ampliación del estrecho horizonte económico de las precondiciones sociales antevistas, para incluir un ámbito clave en la movilización nacionalista; a saber: los factores políticos e institucionales facilitadores de la misma.

4.- *La Estructura de Oportunidad Política del nacionalismo.*

Si bien las precondiciones socioeconómicas- movilización social, comunicación, intereses compartidos etc.- desempeñan un papel fundamental en la activación de la movilización nacionalista, tanta o mayor importancia juega un grupo de factores, mucho más descuidados sin embargo por la literatura; a saber: el contexto político institucional y estratégico al que se enfrentan los nacionalismos, habida cuenta de que, más allá de la dimensión económica, la competición entre grupos se desenvuelve principalmente en la arena política. En este sentido, dos dimensiones resultan especialmente relevantes para el éxito o fracso de la movilización política: en primer lugar, la *institucionalización* de la etnicidad, esto es, la regulación normativa y estructuración territorial del poder político; en segundo lugar, en su vertiente más dinámica, las *políticas* y las *estrategias de regulación* de los problemas y conflictos étnicos. La asunción central, ya señalada en el parágrafo 2, que reside tras la centralidad de estos factores de activación de la movilización étnica, es que la etnicidad lejos de ser un dato previo y ya cristalizado de antemano, constituye en menor medida un antecedente que una consecuencia de los diversos procesos políticos

reguladores mediante los que se construye. De hecho, las instituciones y las políticas lejos de, únicamente, contextualizar y restringir el abanico de posibilidades a disposición de los actores, de enmarcar sus intereses e incidir exteriormente sobre la acción, son directamente *constitutivas* de los actores en presencia, de sus intereses y sus repertorios de acción (BRUBAKER 1996). Como NAGEL ha señalado al respecto, no sólo la movilización étnica resulta más probable cuando la estructura de acceso político y participación se encuentra organizada sobre bases étnicas, así como cuando las políticas públicas implementadas “reconocen” e institucionalizan las diferencias étnicas, sino que la propia regulación de límites étnicos crea, en ocasiones, nuevas identidades colectivas antes inexistentes (NAGEL 1986).

El contexto político deviene, así, decisivo para “trasladar” el *potencial de movilización* nacionalista, generado por las antedichas precondiciones étnicas y sociales, a la acción. Y en este orden de cosas, ha de introducirse en el análisis de los nacionalismos un concepto en extremo pertinente, acuñado en el análisis de los movimientos sociales: el de *Estructura de Oportunidad Política* (EOP) pues da cuenta de una serie de factores políticos, estratégicos e institucionales que facilitan o dificultan, en su caso, el desarrollo de la movilización nacionalitaria (TILLY 1978, TARROW 1988, 1989, 1991; KITSCHELT 1986, KRIESI 1995, JENKINS & KLANDERMANS 1995). Si bien la EOP, atenta a la “conductividad estructural” de un contexto para un determinado movimiento se integra fundamentalmente por variables referidas a características del sistema político en que se desarrolla la movilización (apertura o cierre del sistema, estabilidad o inestabilidad de los alineamientos políticos, presencia o ausencia de eventuales aliados, divisiones en el seno de las élites en el poder etc.) ello no debe traducirse, en modo alguno, en un análisis estático

de sus componentes. A los efectos que aquí interesan, tres son las matizaciones a tener en cuenta: en primer lugar, que a la estructura política *formal* deben añadirse las estrategias y prácticas *informales* de los gobernantes que la desarrollan (KRIESI 1992). En segundo lugar, que el carácter dinámico de la EOP se traduce en una eventual ampliación de las oportunidades disponibles con el desarrollo del movimiento que fabrica, así, su propias oportunidades (TARROW 1994). En tercer lugar, que la EOP presenta una dimensión subjetiva de “oportunidades percibidas” por los actores, que relativiza parcialmente la índole estructural del concepto para ponerlo en conexión con la producción del sentido que acompaña a la “lectura” que los actores hacen de la apertura o cierre de la EOP (GAMSON & MEYER 1996, KLANDERMANS 1997).

Ante todo, debe ser subrayado que uno de los componentes más usualmente incluidos en el seno de la EOP, el *grado de descentralización o centralización del Estado* en el que se desenvuelve el movimiento, y formulado por KITSCHOLT originariamente sobre la distinción entre Estados “débiles” o “fuertes” (KITSCHOLT 1986), no puede resultar más idóneo para la materia que nos ocupa. Si, como hemos venido sosteniendo, la etnicidad es un producto de diversos factores entre los que se encuentran las políticas y las estructuras del Estado, el abanico de marcos constitucionales y legales, así como las estrategias que se adopten por los gobiernos, resultan decisivos para el decurso y vicisitudes de la movilización (GURR 1993, STAVENHAGEN 1996).

Podemos agrupar las más importante políticas de regulación de conflictos étnicos, con vistas exclusivamente a sintetizar algunos de su posibles efectos sobre la movilización, en dos grandes apartados: políticas de supresión y políticas de acomodación.

Las *políticas de supresión* tratan de eliminar, de un modo u otro, la diferencia subnacional, con el objetivo de unificar etnoculturalmente un territorio, de tal modo que la desactivación étnica se implementa desde el Estado con diversa intensidad y resultados, pero en todo caso alumbrando un Estado “nacionalizador” (BRUBAKER 1995) o “etnocrático” (STAVENHAGEN 1996) al servicio exclusivo y excluyente de una etnia dominante y sus intereses.

La *asimilación* fue, sin duda, la estrategia preferida a escala mundial para resolver de raíz el problema: se trata de una política en la que la ausencia o reducción de derechos colectivos, se acompaña simultáneamente del suministro de incentivos negativos y positivos para el abandono de las identidades colectivas tradicionales y subnacionales y la paralela adopción, en el seno de un proceso de construcción del Estado-nación, de la lengua, cultura y valores de la nación dominante. Es preciso distinguir, sin embargo, las políticas de *asimilación* propiamente dichas, que tienen como objetivo explícito la eliminación progresiva de las diferencias nacionales interiores, con vistas a la creación de una identidad étnico-cultural común; de las políticas de *integración*, encaminadas a la construcción de una identidad común meramente “cívica” y no étnico-cultural (McGARRY & O’LEARY 1993). Estas últimas pueden ser compatibles con algún grado de reconocimiento de las minorías nacionales, y resultan más flexibles que las primeras, destinadas aquéllas abiertamente a la producción de una nación exclusiva. Las políticas de estricta asimilación resultan por definición mayoritarias y anticonseuales e incorporan estrategias que, en el ámbito *cultural* tratan de imponer una única lengua oficial en la administración, la enseñanza y medios de comunicación; en el ámbito *político* fomentan la sobrerrepresentación de los miembros de la nacionalidad dominante en los cargos públicos;

en el ámbito *jurídico* privilegian las instituciones y convenciones de derecho privado de la nación dominante; y en el ámbito *económico*, en fin, otorgan trato preferencial a empresas o regiones con intereses de la élites de la nación hegemónica (LINZ & STEPAN 1996).

El análisis comparado muestra el relativo éxito de la homogenización llevada a cabo en los procesos históricos de construcción de muchos de los modernos Estados-nación, al margen del elevado coste cultural y democrático de las políticas de asimilación. De hecho, del mayor éxito o fracaso histórico asimilacionista de la construcción de los Estados nacionales depende cabalmente la menor o mayor posibilidad de reactivación de los nacionalismos interiores de los Estados plurinacionales, siendo aquéllos más probables allí donde la nacionalización fue mas tardía y deficiente desde le punto de vista político, económico, educativo y cultural (EISENSTADT & ROKKAN 1969, TYRYAKIAN & ROGOWSKI 1985). Ahora bien, y al hilo de lo arguido al abordar las precondiciones sociales en los procesos de desarrollo desigual, la division cultural del trabajo y la competición interterritorial; a lo que habría que añadir los incentivos democráticos a la representación territorial y la descentralización, la crisis del Estado nación centralista y soberano, así como la revaloración de las culturas y lenguas locales etc. etc. emergen otros tantos incentivos para que el modelo asimilacionista se vea crecientemente desafiado por demandas de autonomía cultural y política. La generalizada presencia de élites beneficiarias de una activación de las demandas etnonacionales constituye, por ende, una novedad contemporánea que alienta por doquier los conflictos etnonacionales (LINZ & LIPSET 1996)

En el extremo de las políticas de supresión se sitúan las diversas modalidades de *limpieza étnica*, que constituye una estrategia, directa o indirecta, de estímulo del abandono del

territorio por parte de una etnia mediante presión no solo militar, sino en ocasiones social, cultural y lingüística, con políticas de normalización coactiva, ostracismo, discriminación etc sobre los miembros de una nación minoritaria, para “aclarar” así el espacio nacional en favor de la nación hegemónica y de quienes asumen resignadamente la aculturación renunciando a su patrimonio cultural. La supuesta eficacia resolutoria de este tipo de regulación, en principio liquidadora de la movilización etnonacional, al margen de su valoración ética y política, ha sido desmentida reiteradamente por la capacidad de generación de resentimiento histórico y encapsulamiento del grupo, así como el fomento de una espiral de odio, violencia y deriva fundamentalista que, lejos de desactivar el problema, lo atrincheran, lo exacerban y lo vuelven políticamente innegociable.

Como quiera, sin embargo, que la estabilidad democrática de los Estados, que con raras excepciones suelen ser plurinacionales o multiétnicos (LINZ 1993, CONNOR 1994) depende, entre otros factores, también de la solución del problema territorial, es frecuente la institucionalización de formas no mayoritarias de descentralización del poder político y la implementación de políticas de *acomodación* superadoras del modelo de Estado nacionalizador. Las tres variantes fundamentales de estas políticas, con efectos diversos sobre la movilización, son el federalismo, la democracia consociativa y, con los matices pertinentes, la secesión democrática.

El *federalismo*, definido como descentralización política que auna el autogobierno con el cogobierno, constituye, en su variante que aquí interesa de *federalismo asimétrico*- esto es, en el que las unidades federadas coinciden en líneas generales con la localización territorial de los diversos grupos etnonacionales existentes en el país- una de las soluciones más contrastadas de acomodación de Estados plurinacionales. Ahora bien, de la evidencia de

que esta política de acomodación haya mostrado su eficacia a la hora de abordar, desde un punto de vista democrático, los conflictos territoriales en el seno de un mismo Estado, no debe colegirse que sus efectos sean *desactivadores* de la movilización nacionalista. En este sentido debe atenderse no solo a la Estructura de Oportunidad Política formal, sino a las estrategias y procedimientos informales empleados por los gobernantes y su específica lectura del marco institucional formalizado. Pues dependiendo no solo de las estructuras institucionales estables, sino también de las políticas de regulación y desarrollo de las mismas, los efectos pueden ser en extremo ambivalentes. De hecho, para algunos investigadores el federalismo no era considerado tradicionalmente como estrategia de acomodación puesto que estimulaba crecientes demandas de autonomía y, finalmente, la secesión (NORDLINGER 1972).

En efecto, en cuanto estructura territorial descentralizada y democrática, el federalismo constituye un activador de la participación y de la movilización políticas etnonacionales. Si esta activación contribuye a la estabilidad del sistema o, por el contrario, se dirige al cuestionamiento del mismo, depende de factores adicionales varios estratégicos, políticos e institucionales. Desde el punto de vista que ahora nos ocupa, la EOP, un elemento decisivo parece situarse en torno al equilibrio entre ambas dimensiones del federalismo: el autogobierno y la coimplicación solidaria de las unidades federadas en un proyecto político más amplio. Elementos como la lealtad a la federación resultan imprescindibles, pero en modo alguno garantizados por la EOP formal, sino por el consenso y confianza mutuas de los diversos actores participantes en el pacto. En cualquier caso la dinámica ampliación/recorte de las competencias y recursos resulta inherente como entorno estratégico de los actores en presencia.

Similar ambivalencia puede observarse, por lo demás, en la *democracia consociativa*. Esta se caracteriza clásicamente, por el abandono de los criterios mayoritarios y el gobierno por consenso de los principales grupos en el seno de un Estado, propensión a gobiernos de gran coalición, proporcionalidad en el reclutamiento de élites y funcionarios y, en fin, un alto grado de autonomía en las decisiones que afectan a asuntos propios (LIJPHART 1968, 1977). El consociativismo, que ha sido ensayado con éxito para la desactivación relativa y la democratización de los conflictos étnicos en diversos países, genera, sin embargo, dos efectos problemáticos sobre la movilización etnonacionalista que aquí interesa. Por un lado, privilegia un política elitista, reforzando el protagonismo y poder de los dirigentes de los diversos grupos y ello implica que, de un modo u otro, pospone la movilización democrática de las masas, desatendiendo la dimensión competitiva y la creación de una ciudadanía activa (BARRY 1991). En segundo lugar, la consociación, y de modo en extremo conflictivo con lo arguido en esta líneas, presupone que las diferencias subnacionales y étnicas son datos objetivos y cristalizados de una vez por todas, cuando por el contrario constituyen construcciones políticas muy dinámicas que reaccionan a estímulos estratégicos e institucionales, modificando en el tiempo sus intereses, rasgos y demandas. Ello quiere decir que sanciona y refuerza las fronteras étnicas existentes, la versión dominante de una cultura o los criterios de adscripción, deudores como ya se ha dicho de los intereses de élites y líderes concretos (BRASS 1991).

Referencia aparte merece la *secesión*, considerada como una acción colectiva por la que un grupo intenta independizarse del Estado en el que se encuentra integrado, de tal modo que ello implique asimismo la separación de parte del territorio del Estado existente (BUCHANAN 1991). Al margen de cuestiones éticas y políticas de varia índole, en el

sentido específico que aquí interesa, la EOP de la movilización nacionalista, un tema de relieve que plantea la secesión es su consustancial dimensión estratégica. Esto es, el proceso de movilización nacionalista, al hilo de sus maleables metas de autodeterminación, se presta en numerosas ocasiones a la utilización estratégica de las demandas de secesión a fin de conseguir objetivos varios de menor alcance, ora externos (mas competencias y autogobierno), ora internos (mayor solidaridad interna de la comunidad). Ello, por una parte, induce un discurso comunitarista que exagera la contraposición nosotros /ellos e hipostatiza las diferencias nacionales, lo cual, si bien deviene de gran utilidad movilizadora, genera una peculiar espiral maximalista a la que resulta difícil sustraerse. En efecto, el dilema que se les presenta a los líderes nacionalistas al respecto es, en numerosas ocasiones, un *trade-off* entre un radicalismo maximalista, con dificultades de alcanzar la mayoría suficiente para extender y consolidar el movimiento, o la moderación, acompañada del mero uso retórico de la autodeterminación como eventual amenaza o, a efectos internos, de refuerzo identitario de la militancia, a cambio de mayor apoyo electoral. La ausencia de autonomía de los líderes respecto a las bases y la competición entre élites en el seno de los propios partidos nacionalistas impulsa la adopción de demandas maximalistas y suele contribuir al extremismo. En efecto, los acuerdos entre grupos en torno a posiciones moderadas resultan dificultados por los incentivos que pesan sobre los líderes nacionalistas para adoptar posiciones maximalistas que les permitan mejorar sus posiciones ante las bases, generando una peculiar espiral de radicalización interna que se retroalimenta (MEADWELL 1993).

Así pues, lejos de resultar fenómenos externos o previos a su institucionalización, los conflictos étnicos, como sugiere la evidencia empírica, son susceptibles de diversas

fórmulas de acomodación que poseen efectos constitutivos sobre los mismos (GURR 1993, STAVENHAGEN 1996). Ello no ha de inducir, empero, a la confusión entre potenciación y democratización del conflicto, resultado de las políticas de acomodación; y desmovilización de las demandas nacionales, objetivo este último de las políticas de asimilación y limpieza étnica. Volviendo a la formulación inicial de KITSCHOLT, si los Estados descentralizados activan e impulsan la movilización (KITSCHOLT 1996) ello resulta más cierto aun, si cabe, en el caso de la movilización nacionalista.

De todo lo anterior se desprende no sólo la necesidad de atender a la antevista doble dimensión: formal (estructuras de descentralización) e informal (políticas de regulación) de la EOP, sino asimismo de relacionar el grado de descentralización con la apertura o cierre de del sistema político, esto es, su grado de democratización.

En efecto, como es sabido, la represión del movimiento (ausencia de canales de representación, precariedad de derechos, represión policial y judicial etc.) dispara los costes de la acción colectiva y dificulta los comportamientos cooperativos de los actores (TILLY 1978, TARRANT 1994), con lo que la movilización encuentra serias dificultades para su desarrollo. En general, el análisis de los movimientos sociales postula que altos niveles de facilitación, al bajar los costes de la acción colectiva, no sólo incentivan la movilización, de tal suerte que la protesta aumenta justo cuando los sistemas se vuelven más abiertos y flexibles, sino que favorece, además, la adopción de estrategias moderadas por parte de los líderes del movimiento (KRIESI 1995).

Sin embargo, el estudio de los nacionalismos revela que el efecto de la represión es mucho más ambivalente. Ciertamente, altos niveles de represión elevan los costes de la acción de tal suerte que, en muchos casos, bloquean el desarrollo del movimiento y hacen descender

drásticamente el nivel de protesta. Sin embargo, se ha comprobado que determinados umbrales de represión pueden elevar el nivel de organización, incluso generar un encapsulamiento del movimiento en la clandestinidad, que lo hace resistir incólume el paso del tiempo e incluso derivar hacia posiciones fundamentalistas, que generan redes de gran resistencia, refuerzo de la identidad colectiva y asunción del riesgo, justificando el sacrificio personal de la libertad o de la vida de los patriotas, mediante dispositivos como el culto a los héroes y las minorías elegidas como portavoces del pueblo, tan frecuentes en los nacionalismos minoritarios sometidos a represión (SMITH 1986, GUIBERNAU 1996).

Diversos estudios han demostrado, además, que el tratamiento diferenciado a diversos grupos mediante incentivos negativos y positivos constituye un elemento central de la construcción de la solidaridad interna de éstos (SCHNEIDER & INGRAM 1993, GURR 1993), así como que el análisis estructural de instituciones y leyes, debe completarse con los cambios de apertura o cierre de las políticas públicas que tienen lugar muchas veces bajo similar marco normativo (DELLA PORTA 1995).

Los efectos de la democratización, en general, incentivan la movilización política de los nacionalismos (GURR 1993), pero no debe desatenderse el hecho de que, en algunos casos, con carácter previo a las transiciones a la democracia existía una peculiar institucionalización autoritaria del multinacionalismo que originaría, en la ex URSS y la ex Yugoslavia por ejemplo, la aparición de la tríada relacional que ha analizado BRUBAKER: Estados nacionalizadores, minorías nacionales e irredenta, con sus correspondientes efectos sobre la movilización nacionalista (BRUBAKER 1996).

Un tercer elemento integrante de la EOP, y que asimismo debe incluirse en el análisis de la movilización nacionalista, es la reconfiguración del *sistema de partidos* en estrecha

conexión con la existencia de eventuales *desalineamientos electorales*. Desde un inicio, los estudiosos del nacionalismo señalaron que uno de los efectos de la movilización, así como un test de la madurez y eficacia del movimiento, venía constituido por la aparición de fuerzas nacionalistas en el seno del sistema de partidos (HOROWITZ 1985); de tal suerte que ello equivaldría en el modelo de HROCH a pasar de la fase A, de mera agitación cultural, a la fase B de actuación política explícita (HROCH 1985, 1993). Como quiera que el nacionalismo es, ante todo, una forma de política, un *movimiento político* por definición, la dimensión organizativa, de liderazgo y gestión de recursos constituye un elemento central para la eficacia en un escenario político competitivo (BRASS 1991). Resulta especialmente pertinente, sin embargo, a efectos de no trazar una línea divisoria demasiado rígida entre un momento cultural y un momento propiamente político, como sucede en el modelo de HROCH, traer a colación el concepto de *campo multiorganizativo* (OBERSCHALL 1984, KRIESI 1993, KLANDERMANS 1997), habida cuenta de que los movimientos nacionalistas, debido a la matriz étnica con la que trabajan políticamente, generan una variedad de asociaciones culturales, clubs, editoriales, medios de comunicación etc. y establecen aliados difusos en los campos de la cultura, la religión o la enseñanza, que constituyen redes políticas de apoyo que resultan fundamentales para la extensión organizativa del movimiento. De hecho, el conflicto étnico-nacional es una forma *continua* de acción colectiva que requiere un relativo umbral de organización en sentido amplio y, a tal efecto, el análisis comparado muestra que los movimientos nacionalistas se acompañan de una gran riqueza de *catness*, por emplear el concepto de TILLY; esto es: categorías de individuos que operan en el seno de redes estructuradas de relaciones sociales y políticas (TILLY 1978).

La aparición y éxito de los partidos nacionalistas depende en buena medida, al margen de los *trade-off* más arriba señalados entre radicalización y éxito electoral, de la solidez del sistema de partidos existente, así como de los sistemas electorales vigentes, que pueden dificultar, caso de ser mayoritarios, la consolidación política del movimiento. Un realineamiento político parcial o general que erosione el electorado de algún partido hegemónico puede suponer una adicional apertura de oportunidades para los partidos nacionalistas. Si éstos aciertan a activar políticamente resentimientos culturales o lingüísticos, o los negativos efectos de la privación relativa o de la división cultural del trabajo, la EOP puede ensancharse hasta permitir una sólida implantación, incluso allí donde no existía una tradición política nacionalista histórica. También aquí el nacionalismo se beneficia, al tiempo que produce sus propias oportunidades: un acento moderado y un ocasional descrédito de alguno de los partidos hegemónicos puede ser la ocasión de sustantivarse políticamente en el sistema o incluso de disputar la hegemonía, creando un subsistema diferenciado de partido.

Del mismo modo que DALTON analiza en los movimientos ecologistas, también los movimientos nacionalistas han ensayado tres vías muy diversas de relación con el sistema de partidos: trabajar en el interior de los partidos existentes como fracción nacionalista de los mismos, formar partidos nacionalistas autónomos interclasistas centrados en la defensa de los intereses de la patria, tratando de identificarse con la entera comunidad; y, finalmente, mantenerse alejados de la vida política competitiva en una perspectiva culturalista (DALTON 1995). Pero el carácter dinámico de las oportunidades también se produce en dirección inversa, el giro radical en las demandas nacionalistas o la asunción programática de algunas reivindicaciones por partidos estatales, en el seno de la

competición electoral, puede reducir la presencia de los partidos nacionalistas cuando parece que ya tenían consolidado su espacio: el caso del SNP o, en menor medida, el Plaid Cymru, constituyen buena muestra de ello (MORENO 1996). En definitiva, el ascenso lineal de la maduración política de la nación en sí hacia la nación para sí, de la expresión cultural al nacionalismo político pleno, solo existe en el relato de las historias nacionalistas del nacionalismo. Como se ha señalado, el *voto* a un partido nacionalista, en el seno de Estados plurinacionales con fuertes partidos, puede resultar deudor no solamente de la insatisfacción con las políticas y partidos dominantes, con el reavivamiento de la identidad nacional o la habilidad de moderación y *catch all* del partido, sino de la presencia simultánea de otros temas electorales y la capacidad de los partidos estatales para ponerlas o no en primer plano. Los votantes regresarán a los partidos estatales por mecanismos varios: de voto útil, por exceso de radicalización de las demandas autonomistas, por incapacidad de conseguir concesiones o suministrar beneficios selectivos etc. etc.

No debe olvidarse, en otro orden de cosas, que a efectos de la *militancia* en los partidos nacionalistas resulta de aplicación la hipótesis de la “solidaridad de grupo”, de tal suerte que los individuos serán atraídos más probablemente por una organización que ofrece sustantivos beneficios (selectivos o identitarios), que no son suministrados por la competencia. La causa más probable, de acuerdo con lo apuntado más arriba, de una creciente demanda de los beneficios que proporciona un partido nacionalista reside en la mejora del nivel educativo y de cualificación profesional de una población étnicamente diferenciada, lo que impulsa a alguno de sus miembros a procurar nuevas oportunidades. Así, un partido nacionalista debe ofrecer a sus miembros una red social de integración comunitaria, un discurso de defensa de la propia cultura y bienestar social y económico y

de acceso al autogobierno etc. etc. al mismo tiempo que reconocimiento identitario y “seguridad ontológica” como miembro de una nación que pervive desde tiempo inmemorial. Pero asimismo- pues el nacionalismo combina, como sabemos, apoyo emocional con estrategia calculada e intereses- posibles posiciones de prestigio social, poder, estatus etc. las cuales suelen ser también ofertadas, y en ocasiones ventajosamente, por otros partidos en competencia. El modelo de la *conductividad estructural* señala que la diversidad y pluralidad política del entorno, presente y pasada, posee efectos duraderos sobre la capacidad de ganar soporte de los partidos nacionalistas: la mayor competencia política dificulta históricamente la implantación de un movimiento nacionalista en el seno del sistema de partidos (PINARD 1975, NIELSEN 1986, DÍEZ MEDRANO 1995).

Al interés debe sumarse, pues, la movilización de recursos necesaria para retribuir de un modo u otro a la militancia y sustentar la organización: por eso y a diferencia de las tesis del colonialismo interno, cuanto mas desarrollada sea una región, mayor capacidad de generación de recursos adicionales a disposición de la organización que defiende los intereses de la misma. De este modo, es previsible que la militancia en un partido nacionalista se incrementará cuanto mayor sea el número de individuos que consideran que su incorporación constituye el mejor modo de progreso personal y cuanto más aumenten los beneficios, especialmente incentivos selectivos, ofrecidos por el partido. (HETCHER & LEVI 1985).

Este elemento organizativo de la EOP se solapa en ocasiones con la adicional *disponibilidad de nuevos aliados* en el escenario político, que refuercen la posición del movimiento nacionalista. Este factor resulta de no poco interés desde el punto de vista interno, por cuanto los aliados, integrando parte del *campo multiorganizativo* de apoyo,

proporcionan recursos, cobertura ideológica, colaboración política etc. que resultan vitales para aprovechar las oportunidades abiertas para activar el potencial de movilización disponible (DIANI 1995). Pero asimismo, la presencia de aliados potenciales en el escenario político resulta clave en una perspectiva externa de apoyo parlamentario, formación de coaliciones etc. . que permiten maximizar las oportunidades y suministrar eficacia adicional a la defensa de los intereses de los grupos respectivos.

Finalmente, y de modo muy esquemático, debemos mencionar otros dos componentes de la EOP, menos estudiados en la literatura comparada, pero que pueden tener su importancia; a saber: el conflicto y división intraélites y el contexto internacional.

El análisis comparado ha puesto de relieve que las comunidades étnicas se crean y transforman por élites en sociedades en vías de modernización o con frustración de expectativas en regiones más desarrolladas. Ahora bien, este proceso invariablemente implica competición y conflicto por recursos, poder político y estatus social entre elites centrales y periféricas que, sin embargo, no debe ser sobredimensionado como generador de antagonismo político etnonacional. Pues, de hecho, las élites locales a menudo encuentran más beneficioso para sus intereses cooperar con las élites centrales que enfrentarse a ellas: los ejemplos históricos de las burguesías vasca y catalana, de la aristocracia galesa, la nobleza Lituana y Rumana etc. constituyen elocuente muestra de ello. Si bien las élites del grupo dominado favorecen la movilización nacionalista cuanto mayores son los conflictos de intereses con las elites dominantes, la correlación de fuerzas en cada caso mostrará la ratio coste/beneficio de las elites locales que, por lo general solo agotadas las posibilidades de colaboración plantean conflicto abierto, usualmente renegociable(DIANI & MELUCCI 1983).

BRASS ha prestado especial atención a los conflictos de las élites en la transformación de las etnias en nacionalidades. A su juicio, los conflictos entre terratenientes locales y conquistadores ajenos, entre élites religiosas, o entre líderes religiosos y aristocracias locales constituyen las primeras etapas del proceso de construcción de las naciones. Donde diferencias religiosas, culturales o lingüísticas separan a grupos de élites relativamente desaventajadas de sus competidores del grupo dominante, esas diferencias constituyen las bases para la reclamación de privilegios y trabajos más cualificados. La movilización social diferenciada en sociedades multiétnicas en proceso de modernización puede, así, favorecer tanto la diferenciación cuanto la asimilación de grupos particulares, pero casi siempre conduce a alguna forma de conflicto étnico y competición entre élites, ora por el control del poder local, ora en pro de nuevas oportunidades en los sectores más modernos de la economía emergente (BRASS 1991). Asimismo la *división* entre las elites del grupo hegemónico ante el trato a otorgar al nacionalismo periférico - represión/facilitación- o de las elites locales- conflicto/colaboración - en cuanto a su relación con las centrales constituyen otros tantos factores a explorar.

Por último, y por lo que a los factores *externos* respecta, los análisis comparados incluyen siempre el apoyo exterior como facilitador típico del desarrollo del movimiento. Sea la coyuntura internacional favorable, sea la crisis del Estado nación y el difusionismo resultante de las oleadas de nacionalismos, sea el apoyo directo de otro Estado vecino etc. etc. son elementos todos ellos mencionados en el análisis comparado de los nacionalismos y cuyo impacto específico ha de aclararse empíricamente para cada caso concreto (MELUCCI & DIANI 1983, GURR 1993). Especialmente notorio resulta el caso de las minorías nacionales que se configuran como *irredenta* apoyadas desde un Estado vecino de

nacionalidad o etnia similar (*National Homeland*). Los casos de armenios en Nagorno-Karabaj, los palestinos en Líbano e Israel, los Rusos en Estonia y Letonia...constituyen otros tantos casos de movilización que cuenta con apoyo exterior económico, ideológico y político y en los que este factor externo desempeña un papel fundamental.

GURR y HARF señalan, además, que cuanto mayor es el apoyo externo en condiciones de privación relativa severa, tanto mayor es la posibilidad de la utilización de medios violentos para desafiar a las autoridades (GURR & HARFF 1994); y BRUBAKER subraya que el creciente costo político de la anexión, así como la pérdida progresiva de valor del control físico del territorio, está originando formas más sutiles de hegemonía e intervención desde los *national homelands* que constituyen factores decisivos de la capacidad y repertorios de movilización de determinadas minorías étnicas (BRUBAKER 1996).

5.- Los problemas de la acción colectiva y el discurso nacionalista

Unas favorables condiciones étnicas y socioeconómicas, así como una propicia estructura de oportunidad política son prerequisites necesarios pero no suficientes para la consolidación de un movimiento nacionalista estable y con implantación. Este debe, además, como cualquier otro movimiento social, resolver los problemas específicos de la acción colectiva que amenazan frustrar la movilización con conductas no cooperativas por parte de los individuos interpelados. Como quiera que a lo largo de este artículo hemos insistido reiteradamente en el doble carácter, emocional e interesado, simbólico y estratégico del nacionalismo, nos centraremos, para concluir, en dos aspectos de este tipo de movilización política, entre los que trataremos de mostrar existe un vínculo más

sustantivo de lo que suele comunmente admitirse: la formación de las preferencias políticas nacionalistas y los marcos interpretativos del movimiento.

BRETON, HARDIN, HETCHER, LAITIN, MOTYL entre otros han mostrado la inanidad analítica de la consideración del nacionalismo como un fenómeno “irracional”, no desde un punto de vista *colectivo*, sino desde un punto de vista *individual*, y han suministrado explicaciones de la movilización nacionalista en las que, sin negar la presencia de factores normativos o altruistas, se privilegian los intereses individuales de los participantes. Así, por ejemplo, HARDIN ha subrayado que el nacionalismo puede ser fructíferamente analizado desde la perspectiva de la formación de un grupo dependiente de “poder de coordinación”, que a diferencia de aquellos que vinculan a alguna suerte de “poder de intercambio”, resultan mucho menos flexibles por cuanto dependen de la militancia e implicación de sus miembros individuales. De ahí que, con el fin de mantener la solidaridad grupal, tiendan a emplear mecanismos de hostilidad y exclusión nosotros/ellos sobre arquetipos que galvanicen la identidad colectiva, mas que a pergeñar políticas y programas con objetivos nítidos. La incorporación a un grupo basado en el poder de coordinación contribuye a reforzar su poder y la posibilidad de que el grupo alcance sus objetivos lo que, a su vez, redundará en beneficio de los intereses de sus miembros, estableciéndose así un vínculo directo entre participación y obtención de recursos vía distribución de incentivos selectivos. La solución al problema de la acción colectiva del nacionalismo no reviste, para HARDIN, la forma de un dilema del prisionero sino de *coordinación*, desprovisto de conflicto de alternativas, en el que el refuerzo de las mutuas expectativas genera un proceso de identificación basado en la satisfacción de intereses: se participa conjuntamente con el grupo en los beneficios obtenidos mediante la coordinación. Como quiera que en un

conflicto político sobre recursos escasos, un grupo coordinado genera ventajas en razón de sus bajos costes de transacción y fuerte identificación, su potencial político se incrementa espectacularmente (HARDIN 1995). Así como su potencial de violencia, habría que añadir, pues bajo determinadas precondiciones, grupos nacionalistas altamente organizados pueden recurrir estratégicamente a la violencia para elevar los costes de la política centralista de los gobiernos y obtener concesiones adicionales. Esta peculiar economía de la violencia resulta, así, parcialmente explicable en términos instrumentales, de tal modo que cuanto menor es la capacidad organizativa y, por lo tanto, menor el control de los militantes, mayor es la posibilidad de una escalada de violencia incontrolada al margen de la relación coste/beneficio. Esto permitiría explicar la diferente administración de la violencia en contextos como Irlanda del Norte, País Vasco, Bosnia o Rwanda (HETCHER 1992, 1995).

El análisis de los movimientos nacionalistas, sin embargo, patentiza que la lógica de la acción colectiva de raíz olsoniana asume, de modo poco plausible, que los individuos toman sus decisiones de participación y compromiso en aislamiento, como si no existieran los factores (solidaridad, compromiso, confianza, presión etc.) que, precisamente, hacen que los individuos actúen de consuno. Muy conocidas soluciones *internas* al problema del prisionero fundamentan la emergencia de la cooperación en la reiteración de los encuentros entre los actores de forma indefinida, en la posibilidad de volverse a encontrar en futuras interacciones (HARDIN 1982, AXELROD 1984) y, sobre todo, en la existencia de una *comunidad*, esto es, de un grupo de individuos que poseen creencias y valores comunes, y mantienen relaciones directas y múltiples (TAYLOR 1987). Esto último resulta de extraordinario interés para el análisis de la movilización nacionalista, no tanto porque los individuos de un grupo mantengan relaciones directas y lealtad global hacia el entero

colectivo étnico, cuanto por que, como se ha indicado, constituye una característica de los nacionalismos la existencia en su entorno de un denso campo multiorganizativo de clubes, sociedades, y redes de pequeñas organizaciones culturales, religiosas, amistad instrumental etc. que generan en *ámbitos de micromovilización* la solidaridad, apoyo, confianza y visibilidad que permite desplegar, como es sabido, un vasto repertorio de incentivos sociales selectivos. De este modo, en las redes y comunidades cara a cara, todos los factores de bloqueo de la conducta cooperativa tienen a minorarse: desde la invisibilidad de la propia conducta, pasando por la probabilidad de recompensa o sanción, hasta la importancia subjetiva de la propia contribución etc. etc..

Pero además, debemos introducir en el análisis de la movilización nacionalista las soluciones *externas* al problema de la cooperación, esto es, aquellas que implican un cambio en las preferencias y las expectativas de los actores. Tal es el caso, por ejemplo, de la presencia de los empresarios políticos que asumen el riesgo de erigirse en *early-risers* y aportan recursos decisivos para cambiar las creencias y expectativas de los demás, facilitando la *cooperación condicional* de otros, si bien son, a su vez, destinatarios de incentivos selectivos (protagonismo, prestigio, poder en el seno del grupo etc.). Estos últimos, sin embargo, también en los movimientos nacionalistas van acompañados de incentivos *expresivos*, obtenidos al hilo de la participación, de tal modo que los costes de esta última pueden considerarse como parte de los beneficios (*in process benefits*, por emplear la terminología de HIRSCHMAN). Así, la participación en la movilización, es autocomprendida, por los marcos interpretativos comunitaristas y la ética del sacrificio por la patria, que luego veremos, como una recompensa en sí misma independiente de la incertidumbre en la consecución final de los objetivos.

Todo ello, a su vez, nos conduce mas allá de las estrechas asunciones del individualismo epistemológico y el interés personal para incorporar la teoría de las preferencias *altruistas*, confirmando la utilidad heurística de una ya larga tradición de investigación en el seno de la elección racional, al análisis del nacionalismo. (HETCHER 1988, 1993, SEERS 1983). Esto es, incorporar el lado afectivo y normativo que integra la otra cara del fenómeno que nos ocupa, por ejemplo, la aparición de *cooperadores incondicionales* que mejoran la provisión de incentivos para los *late-comers* y desbloquean la posibilidad de alcanzar el umbral requerido para el despegue de la movilización.

De especial interés en este sentido resulta la teoría de la formación de altruismo en comunidades de origen de CHAI pues, atendiendo a la presencia reiterada de preferencias altruistas en los militantes de los movimientos nacionalistas, este investigador postula la génesis de las mismas desde un punto de vista *endógeno* y constructivo, y no meramente *exógeno*, esto es, acabadas, completas y con carácter previo respecto al proceso político. De este modo, no sólo se asume la naturaleza de producción política y social que revisten las precondiciones étnicas y las identidades etnonacionales sino que, además, la producción endógena de las preferencias altruistas suministra un análisis más político y dinámico de la emergencia misma de la cooperación.

En efecto, CHAI conecta la formación de preferencias altruistas hacia otros miembros de la comunidad nacionalitaria, no a la pervivencia de lazos tradicionales comunitarios radicados en un ámbito local de relaciones cara a cara, sino a la emigración a centros de población más amplios. Así, la emigración a centros urbanos o plantaciones genera, a su vez, la formación de una matriz común de intereses que, de acuerdo con la hipótesis de la división

cultural del trabajo, superpone la identidad étnica a la similar posición en el mercado laboral.

Ahora bien, compartir los mismos intereses, por más que sean a la vez culturales y económicos, no es suficiente para superar el problema del *free-rider* que bloquea la acción colectiva etnonacionalista. Es entonces cuando el altruismo hacia los miembros del mismo grupo actúa como factor reductor del coste de la cooperación, suministrando incentivos selectivos y expresivos. De esta suerte se genera un círculo virtuoso mediante el lazo entre cooperación y altruismo que origina adicionales preferencias altruistas hacia otros miembros del grupo, de tal suerte que se generaliza en círculos a la entera comunidad etnonacional y se supea la limitada confianza y altruismo previos, puramente locales y familiares. Ello a su vez incentiva la cooperación, al elevar su utilidad marginal en el seno de la competición etnoacional, de suerte que se forjan lazos más sólidos en el seno del grupo que cristalizan los límites de su etnicidad diferenciada. Y así, las fronteras étnicas de los grupos se cementan sobre sus características adscriptivas de raza, lengua, cultura, religión o costumbres, mediante el desarrollo endógeno de preferencias altruistas y se convierten, finalmente, en la base y a la vez el producto de la movilización nacionalista (CHAI 1996).

Ahora bien, tanto al abordar el problema de las precondiciones étnicas como de la EOP señalamos que al margen de los factores “objetivos” que ambas implicaban, incorporaban un momento incontestable de subjetividad, de autocompresión de la características diferenciales así como de “oportunidades percibidas”. Asimismo, en este último apartado, hemos visto como el componente expresivo y altruista desempeña un papel tan importante como el autointerés en la génesis de la movilización nacionalista. Pues bien, todo ello nos

conduce, por último, a la dimensión mítico-simbólica que cimenta la lealtad a la nación a partir de una cultura común y la contraposición nosotros/ellos (HEDETOFT 1995), y tras ella al discurso nacionalista y en concreto a los marcos interpretativos de la movilización nacionalitaria (*mobilization frames*).

Si el análisis de los movimientos sociales ha puesto creciente énfasis en considerarlos como fenómenos (también) culturales, capaces de elaborar y generalizar identidades colectivas y mundos de sentido (GAMSON 1988, MELUCCI 1989, EYERMAN & JAMISON 1990, LARAÑA & GUSFIELD 1995, JOHNSTON & KLANDERMANS 1995, KLANDERMANS 1997), ello resulta en extremo pertinente en lo que atañe al análisis del nacionalismo como movilización, toda vez que la realidad de la etnicidad es política y cultural, y sus características se derivan menos de indicadores objetivos, que del significado conferido inicialmente por los intelectuales y las élites, y posteriormente por la mayoría del grupo, a ciertas propiedades culturales, territoriales e históricas y a su interacción y experiencias compartidas (SMITH 1986). De hecho, la etnicidad diluye su referencia a los datos objetivos y se sitúa principalmente en el terreno de la producción simbólica: la realidad diferencial resulta reinterpretada constantemente a través de la elaboración mítico-simbólica y la acción política (MELUCCI & DIANI 1983). Pues bien, constatado este esquivo conjunto de mitos, tradiciones, valores y símbolos, resultaría vano cualquier intento de aprehenderlo al margen de sus condiciones discursivas de emergencia, pues las naciones son, en este sentido, “comunidades imaginarias” (ANDERSON 1983). De ahí la necesidad de sustantivar esta dimensión discursiva de la “idea de nación” (GREENFELD 1992) extraordinariamente desarrollada y capital en todos los nacionalismos. Esto es, de completar el análisis de las precondiciones sociales y la

racionalidad de la movilización con un estudio etnosimbólico, que atienda a los materiales étnicos con los que trabaja el nacionalismo (SMITH 1996). Pero también de dar cuenta, como señalamos más arriba, de la articulación específica de los elementos diacríticos de la etnicidad que se configuran en cada caso y sus transformaciones, de analizar asimismo su articulación externa con ideologías políticas y valores que pueden orientarlos en una u otra dirección política, de analizar, en suma, las condiciones discursivas de posibilidad del nacionalismo (MÁIZ 1996, 1997).

Pues bien, en este sentido, el concepto de “marco interpretativo”, como conjunto de creencias colectivas que dotan de sentido a la participación en la acción colectiva, resulta de indudable utilidad. Pues los marcos sintetizan unas veces de modo intencional - “estrategias enmarcadoras”-, otras de forma inconsciente como resultado de aquéllas - “marco de movilización”- los elementos capitales del discurso del movimiento: sentido de injusticia o desigualdad (*grievances*), pertenencia a una identidad colectiva, y motivación para la acción política (EDER 1996, GAMSON 1992). Ya hemos visto, en efecto, como la significación de la opresión nacional ha de analizarse desde la deprivación *relativa*, como frustración de expectativas (GURR 1993). Hemos mencionado, asimismo, que el nacionalismo genera identidad colectiva mediante mecanismos adscriptivos de elementos diacríticos (lengua o “raza” o territorio), que configuran estereotipos antagónicos nosotros/ellos de tal suerte que se sobredimensionan las diferencias con lo ajeno, cuanto se minimizan las diferencias internas en el seno de la comunidad (TOURAINÉ 1981, ROMANUCCI-ROSS & DE VOS 1995). Precisamente los mitos y los símbolos tienen la “virtud” movilizadora añadida de su *ambigüedad*, lo que BARTHES denominara “claridad feliz”, y constituyen por ello eficacísimos galvanizadores de comunidad por encima de

cualesquiera otras fracturas internas. Finalmente, recordemos, no resulta suficiente una matriz común de etnicidad e intereses socioeconómicos para que se produzca la acción, es preciso además la activación de ese potencial de movilización y a tal efecto la elaboración y selección mítico-simbólica que realiza el discurso nacionalista proporciona elementos para el altruismo, la cooperación y el sacrificio por la patria, el heroísmo o la atrocidad, así como para la exacerbación de la distinción nosotros/ellos que suministran grandes dosis de emotividad esenciales para la movilización (BRASS 1991).

De acuerdo con lo sostenido hasta aquí, bien se comprende que los marcos interpretativos no “reflejan” o “expresan” una realidad objetiva nacional preexistente, sino que, como *estrategias retóricas*, son instrumentos fundamentales de construcción de la propia diferencia etnonacional, seleccionando unos rasgos y diluyendo otros, proponiendo unos objetivos políticos y desconsiderando otros etc. Y, en cuanto tales, un recurso capital para la acción colectiva. En este sentido, un discurso resulta tanto más movilizador cuanto más emocional, radicalizado, específico y delimitador de las identidades contrapuestas, pero esta intensidad, sin embargo, plantea a los líderes nacionalistas el problema de su baja inclusividad política por su exceso de radicalidad (*frame dealignment*). El desafío de conseguir un equilibrio entre la emotividad movilizadora y la moderación electoralmente requerida para ensanchar los apoyos, genera la característica ambigüedad y polisemia propias del discurso nacionalista.

En esta perspectiva, pues, un actor colectivo nacionalista es, también, el resultado de un proceso de “alineamiento de marco” (*frame alignment*) (SNOW & BENEFORD 1988, EDER 1993), esto es, de un proceso de sobresignificación mítico-simbólica de una comunidad de origen como una entidad natural y autoevidente. Esto es, no política y

relativamente arbitraria, sino inmutable a los ojos de los nacionales, cuyo origen se remonta a tiempo inmemorial, y cuya esencia se articula en torno a los elementos diacríticos del núcleo duro de su etnicidad: nombre colectivo, mito común de ascendencia, historia compartida y lineal, cultura común, asociación con un territorio determinado, solidaridad patriótica etc. De este modo, cada *narrativa* nacionalista se teje mediante la articulación simbólica (*symbolic packaging*) de diverss *marcos* interpretativos específicos y es el resultado político de una estrategia enmarcadora determinada (EDER 1993).

En este orden de cosas, el nacionalismo genera un discurso en el que diversos dispositivos de enmarcamiento (*framing devices*) de tipo moral, factual y estético se superponen de tal manera que la identidad de los individuos se disuelve, mediante inmersión- *hineinfühlen* escribía HERDER- en la identidad colectiva de la nación. Así, la relación con la patria se formula como vínculo de deber para una entidad colectiva dotada de derechos (de autodeterminación, de normalización lingüística etc.); el componente empírico aporta las pruebas fehacientes de la diferencia nacional como datos “científicos” (lengua, raza, territorio etc.); el momento estético, en fin, introduce los mitos de la “edad de oro”, de la común ascendencia etc. de la mano de una representación donde la nación constituye un hecho *natural* indiscutible, mientras el Estado no es sino un mero ente *artificial*.

Es, sin embargo, en el seno de esta estrategia enmarcadora mediante la articulación de valores, elementos étnicos diferenciales, intereses socioeconómicos y objetivos políticos, en el que se ventila en cada caso concreto la orientación política del movimiento nacionalista, su repertorio estratégico, los integrantes “auténticos” de la nación y los ajenos a ella, la fórmula de autogobierno, los aliados potenciales, la índole democrática o autoritaria de la comunidad (HEDETOFT 1995) etc. etc.

El análisis comparado muestra que, en líneas generales, los movimientos nacionalistas disponen de un repertorio básico de tres tipos ideales de estrategias enmarcadoras, sin suscribir nunca enteramente una sola de ellas; a saber: etnonacionalismo, patriotismo constitucional y populismo (DIANI 1994). La estrategia discursiva *etnonacionalista* es la más frecuente, toda vez que el nacionalismo se caracteriza por definir una identidad colectiva sobre la presencia de unos rasgos objetivos diferenciales (etnicidad). Esta estrategia, sin embargo, plantea algunos problemas de cara a la movilización. Ante todo resulta problemática por escasamente inclusiva en territorios relativamente plurales étnicamente o con pobre etnicidad diferenciada. Pero además, posee una lógica en espiral que, al poner, como vimos en el apartado segundo, todo el peso en el núcleo duro de la etnicidad y desconsiderar la dimensión voluntarista y política de la nación, genera una movilización tendencialmente no democrática como ilustran los recientes casos de la ex Yugoslavia y la ex URSS. Ello depende no sólo de que se incorporen elementos directamente xenofóbicos, como el racismo, sino que la propia lógica naturalista basada en elementos aparentemente más inocuos como la lengua, cultura, tradiciones o territorio, excluye tendencialmente o al menos debilita la centralidad de la libre y plural formación de la voluntad política, y con ello el elemento de la ciudadanía, capital en democracia.

El *patriotismo constitucional*, por su parte, sitúa en su fulcro precisamente esta dimensión de la ciudadanía y los derechos individuales, las garantías jurídicas y el pluralismo democrático, pero al minimizar y relativizar la contradicción nosotros/ellos, racionalizando y formalizando su discurso, resulta estratégicamente muy inclusivo, pero falto de fuerza emocional y movilizadora de tal suerte que, como muestra la evolución del “wir sind das Volk” hacia el “wir sind ein Volk” en la unificación alemana, deja el campo abierto para

que aparezcan fuerzas competitivas que empleen alternativamente con éxito la estrategia etnonacionalista, sin problematizar su coste democrático.

Finalmente, la estrategia *populista* diluye la fundamentación étnica al delimitar la contraposición nosotros/ellos sobre sobre la dualidad pueblo/ elites dominantes, pero, como muestra la evolución de la Lega del Nord en Italia, posee como estrategia retórica, en regiones con débil base étnico diferencial pero situadas en contexto de favorable desarrollo desigual, una gran fidelidad narrativa y plausibilidad política de la mano de un equilibrio entre inclusión e intensidad emotiva “antipoética” de gran poder movilizador.

Todo nacionalismo tiende a oscilar en cada país y coyuntura específicas entre estas tres estrategias básicas escorándose, en mayor o menor medida, hacia una de ellas. Y si bien la etnonacionalista suele ser la dominante, pues la populista y la cívica diluyen en exceso el peso definitorio de la etnicidad que cualifica este tipo de movimientos, raramente se adopta en estado puro, incorporándose subsidiariamente elementos de las otras, al hilo de las específicas precondiciones étnicas, sociales y la estructura de oportunidad política que enfrenta cada nacionalismo. Pero ello, no porque la etnicidad sea el dato objetivo y autoevidente que alegan los nacionalistas sino, precisamente, porque constituye el contingente e indeterminado producto político del conflicto y la movilización nacionalistas.

REFERENCIAS

- ANDERSON, B. (1983) *Imagined Communities* London: Verso
- ARMSTRONG, J. (1982) *Nations before Nationalism* Chapel Hill; North Carolina U. Press
- ARMSTRONG, J. (1995) "Towards a theory of nationalism" en PERIWAL, S. *Notions of Nationalism* Budapest: CEU
- AXELROD, R. (1984) *The evolution of cooperation* N. York: Basic Books
- BANTON, M. (1977) *Racial and ethnic competition* Cambridge: CUP
- BARRY, B. (1991) *Democracy and Power* Oxford: Clarendon
- BARTH, F. (1969) *Ethnic Groups and Boundaries* Boston: Little Brown
- BERAMENDI, X., MÁIZ, R. e NÚÑEZ, X. (1994) *Nationalism in Europe. Past and Present*. Santiago de Compostela: USC
- BONACICH, E. (1972) "A theory of ethnic antagonism" *American Sociological Review* XXXVII, pp. 547-559
- BONACICH, E. & MODELL, J. (1980) *The Economic Basis of Ethnic Solidarity* Berkeley: California U. Press
- BRASS, P. (1991) *Ethnicity and Nationalism* New Delhi: Sage
- BRETON, A. (1964) "The economics of nationalism" *Journal of Political Economy* 72, 4 pp. 376-386
- BRETON, A. *et alia* (1995) *Nationalism and Rationality* Cambridge: CUP
- BREUILLY, J. (1993) *Nationalism and The State* Manchester U. Press
- BRUBAKER, R. (1996) *Nationalism Reframed* Cambridge: CUP
- BUCHANAN, A. (1991) *Secession* Boulder: Westview

- COAKLEY, J. (1991) *The social origins of nationalist movements* London: Sage
- CONNOR, W. (1994) *Ethnonationalism* Princeton U. Press
- CHAI, SUN-KI (1996) "A Theory of ethnic group boundaries" *Nations and Nationalism* 2 (2), pp: 281-307
- DALTON, R. (1994) *The Green Rainbow* New Haven: Yale U. Press
- DELLA PORTA, D. (1995) *Social Movements, Political violence, and The State* Cambridge: CUP
- DE VOSS *et alia* (1977) *Ethnic Identity, Cultural Continuities and Change* Palo Alto: Mayfield
- DEUTSCH, K. (1953) *Nationalism and Social Communication* Cambridge, MASS: MIT Press
- DIANI, M. (1983) "Diacronia e sincronia nell'analisi dei movimenti nazionalisti" *Quaderni di Sociologia* 6, pp. 212-222
- DIANI, M. (1994) "Framing Processes and Political Opportunities" ECPR paper
- DIANI & MELUCCI (1983) *Nazioni senza Stato* Milano: Feltrinelli
- ELORZA, A. (1995) *La religión política* Donostia: Haramburu
- EDER, K. (1996) *The Social Construction of Nature* London: Sage
- GELLNER, E. (1964) *Thought and Change* London: Weidenfeld
- GELLNER, E. (1983) *Nations and Nationalism* Oxford: Blackwell
- GLAZER & MOYNIHAN, P. (1975) *Ethnicity. Theory and Experience* Cambridge, MASS: HARVARD U.P.
- GUIBERNAU, M. (1996) *Los nacionalismos* Barcelona: Ariel
- GURR, T.R. (1993) *Minorities at Risk* Washington: I. of Peace

- GURR & HARFF (1994) *Ethnic Conflict in World Politics* Boulder: Westview
- GURRUTXAGA, A. (1991) *La refundación del nacionalismo vasco* Leioa: UPV
- GURRUTXAGA, A. (1996) *La transformación del nacionalismo vasco* Donostia: Haramburu
- HANNAN & MAYER (1979) *National Development and the World System* Chicago U. Press
- HARDIN, R. (1982) *Collective Action* Baltimore: J. Hopkins U. P.
- HARDIN, R. (1995) *One for All* Princeton: Princeton U. Press
- HEDETOFT, U. (1995) *Signs of nations* Aldershot: Dartmouth
- HETCHER, M. (1978) "Group formation and the cultural division of Labor" *American Journal of Sociology* 84,2 pp: 293-318
- HETCHER, M. (1979) *Internal Colonialism* Berkeley: California U. Press
- HETCHER, M. (1987) *Principles of Group Solidarity* Berkeley: California U. Press
- HETCHER, M. (1995) "Explaining Nationalist Violence" *Nations and Nationalism* 1, pp: 53-68
- HETCHER & LEVI (1985) "A rational choice approach to the Rise and Decline of Ethnoregional Parties" en TYRIAKIAN & ROGOWSKY *New Nationalisms of the Developed West* London: Allen
- HOBSBAWM, E. (1992) *Naciones y Nacionalismos desde 1780* Barcelona: Crítica
- HOBSBAWM & RANGER (1983) *The invention of Tradition* Cambridge: CUP
- HOROWITZ, D. (1985) *Ethnic Groups in Conflict* Berkeley: California U. P.
- HROCH, M. (1985) *Social Preconditions of National revival in Europe* Cambridge: CUP

- HROCH, M. (1993) "From national movement to the Fully-formed Nation" *New Left Review*, 198, pp: 3-20
- JENKINS & KLANDERMANS (1995) *The Politics of Social Protest* Minneapolis: Minnesota U. P.
- JOHNSTON, H. (1991) *Tales of Nationalism* New Brunswick: Rutgers U.P.
- JOHNSTON, H. & KLANDERMANS, B. (1995) *Social Movements and Culture* Minneapolis: Minnesota U. Press
- KITSCHOLT, H. (1986) "Political opportunity Structures and Political Protest" *British Journal of Political Science* 16, pp: 57-85
- KLANDERMANS, B. (1997) *The Social Psychology of Protest* Oxford: Blackwell
- KRIESI, H. "The political opportunity structure of New Social Movements" en JENKINS & KLANDERMANS *The politics of social protest* Minnesota U.P.
- KRIESI, H. (1993) *Political mobilization and social change* Aldershot: Avebury
- LAITIN, D. (1985) "Hegemony and Religious Conflict" en SKOCPOL, EVANS & RUESCHEMEYER *Bringing the State Back-in* New York: CUP pp:285-317.
- LAITIN, D. (1995) "National Revivals and Violence" *Arch. Européennes de Sociologie* 36(1) pp: 3-43
- LAITIN & FEARON (1996) "Explaining interethnic cooperation" *American Political Science Review* 90(4) pp: 715--735
- LARAÑA, JOHNSTON & GUSFIELD (1994) *New Social movements, From Ideology to Identity* Philadelphia: Temple U. Press
- LIJPHART, A. (1977) *Democracy in Plural Societies* New Haven: Yale U.P

LINZ, J. (1973) "Early State-building and late peripheral nationalisms against the State"
en EISENSTADT & ROKKAN *Building States and Nations* Beverly Hills: Sage

LINZ, J. (1985) "From Primordialism to nationalism" en TYRIAKIAN & ROGOWSKY
cit. Pp.203-253.

LINZ, J. (1995) "State building and Nation building" *European Review*, 1, 4 pp: 355-369

LINZ, J. (1994) "Multinationalism, Pluralism and Democracy" paper IPSA,

LINZ & STEPAN (1996) *Problems of Democratic Transition and Consolidation*
Baltimore: J. Hopkins U.P.

LIPSET & ROKKAN (1967) *Party Systems and Voter Alignments* New York: Free Press

LLOBERA, J. (1996) *El Dios de la modernidad* Barcelona: Anagrama

MÁIZ, R. (1996) "*Nación de Breogán: oportunidades políticas y estrategias enmarcadoras*
en el movimiento nacionalista gallego. (1886-1996)" *Revista de Estudios Políticos*, Nº 92
pp: 33-76

MÁIZ, R. (1997) *A Idea de Nación* Vigo: Xerais

McADAM, McCARTHY & ZALD (1996) *Comparative Perspectives on Social Movements*
Cambridge: CUP

MEADWELL, H. (1993) "Transitions to independence and ethnic nationalist mobilization"
en BOOTH, JAMES & MEADWELL *Politics and Rationality* Cambridge: CUP

MORENO, L. (1995) *Escocia, Nación y Razón* Madrid: CSIC

MOTYL, A. (1990) *Sovietology, Rationality & Nationality* New York: Columbia U.P.

MOTYL, A. (edit.) (1992) *Thinking Theoretically About Soviet Nationalities* New York:
Columbia U. Press

- NAGATA, J. (1981) "In defense of ethnic boundaries" in KEYES de. *Ethnic Change* Seattle: Washington U. Press
- NAGEL, J. (1986) "The Political construction of Ethnicity" en NAGEL & OLZAK cit.
- NAGEL & OLZAK (1982) "Ethnic mobilization in old and New States" en *Social Problems* XXX, 2 pp: 127- 143
- NAIRN, T. (1977) *The Break up of Britain* London: New Left
- NIELSEN, F (1980) "The Flemish movement in Belgium" *American Sociological Review* 45, pp: 76-94
- NIELSEN, F. (1982) "Toward a theory of ethnic solidarity in modern states" paper World Congress of Sociology. Mexico
- NIELSEN, F (1986) "Structural conduciveness and Ethnic Mobilization" en OLZAK & NAGEL *Competitive Ethnic Relations* cit. Pp: 173-198
- OLZAK, S, (1985) "Ethnicity and Theories of Ethnic Collective Behavior" *Research in Social Movements* vol. 8 pp: 65: 86 Orlando: JAI P.
- OLZAK& NAGEL (1986) *Competitive Ethnic Relations* Orlando: Academic Press
- PEREZ AGOTE, A. (1984) *La reproducción del nacionalismo* Madrid: CIS
- PEREZ AGOTE, A. (1993) "Las paradojas de la nación" *Revista española de investigaciones sociológicas* 61, pp: 7-21
- PÉREZ AGOTE, A. (1994) "Modelo fenomenológico-genético para el análisis de la dimensión política de la identidad colectiva" en BERAMENDI, MÁIZ & NUÑEZ *Nationalism in Europe* cit.
- PETROSINO, D. (1991) *Stati, nazioni, Etnie* Milano: Angeli
- PINARD, M. (1975) *The Rise of a Third Party* Montreal: MacGILL U.P.

- RAGIN, Ch. (1979) "Ethnic Political mobilization: the Welsh Case" *American Sociological Review* XLIV, 4. Pp: 619-635
- RAGIN, Ch. (1981) "Welsh Nationalism in context" en *Research on Social Movements* 4 pp: 215-233 Orlando: JAI Press
- ROGOWSKY, R. (1985) "Causes and varieties of nationalism" en TYRIAKIAN & ROGOWSKY cit. Pp: 87-108
- ROKKAN & URWIN (1982) *The Politics of Territorial Identity* London: Sage
- ROKKAN & URWIN (1983) *Economy, Territory, Identity* London: Sage
- ROTHSCHILD, J. (1981) *Ethnopolitics* New York: Columbia U. Press
- SÁNCHEZ, J. et alia (1997) *Los Nacionalismos y las ciencias sociales* Barcelona: Fundació Jaume Bofill
- SEERS, D. (1983) *The Political Economy of Nationalism* New York: Oxford U.P.
- SMITH, A.D. (1983) *Theories of Nationalism* London: Duckworth
- SMITH, A.D. (1981) *The Ethnic Revival* Cambridge: CUP
- SMITH, A.D. (1986) *The Ethnic Origins of Nations* Cambridge: CUP
- SMITH, A.D. (1995) "Gastronomy or Geology?. The role of Nationalism in the reconstruction of nations" en *Nations and Nationalism* 1(1) pp: 3-23
- SMITH, A.D. (1996) "The Warwick debates on nationalism" en *Nations and Nationalism* 2,(3) pp: 357-370
- SNOW & BENFORD (1988) "Ideology, frame resonance ad Mobilization" en KLANDERMANS, KRIESI & TARROW *From Structure to Action* Greenwich: JAI
- SNOW & BENFORD (1992) "Master frames and cycles of protest" en MORRIS & MUELLER *Frontiers in Social Movement Theory* New Haven: Yale U.P.

STAVENHAGEN, R. (1996) *Ethnic Conflicts and The Nation State* London: MacMillan

TARROW, S. (1991) *Struggle, Politics and Reform* Ithaca: Cornell U.P.

TARROW, S. (1989) *Democracy and Disorder* Oxford U. Press

TARROW, S. (1994) *Power in Movement* Cambridge: CUP

TAYLOR, M. (1987) *The Possibility of Cooperation* Cambridge: CUP

TOURAINÉ, A. (1981) *Le pays contre l'Etat* Paris: Seuil

TILLY, Ch. (1978) *From mobilization to Revolution* New York: Addison

Van den BERGHE (1981) *The Ethnic Phenomenon* New York: Elsevier

ZALD & McCARTHY (1979) *The Dynamics of Social Movements* Cambridge: Wintrop

